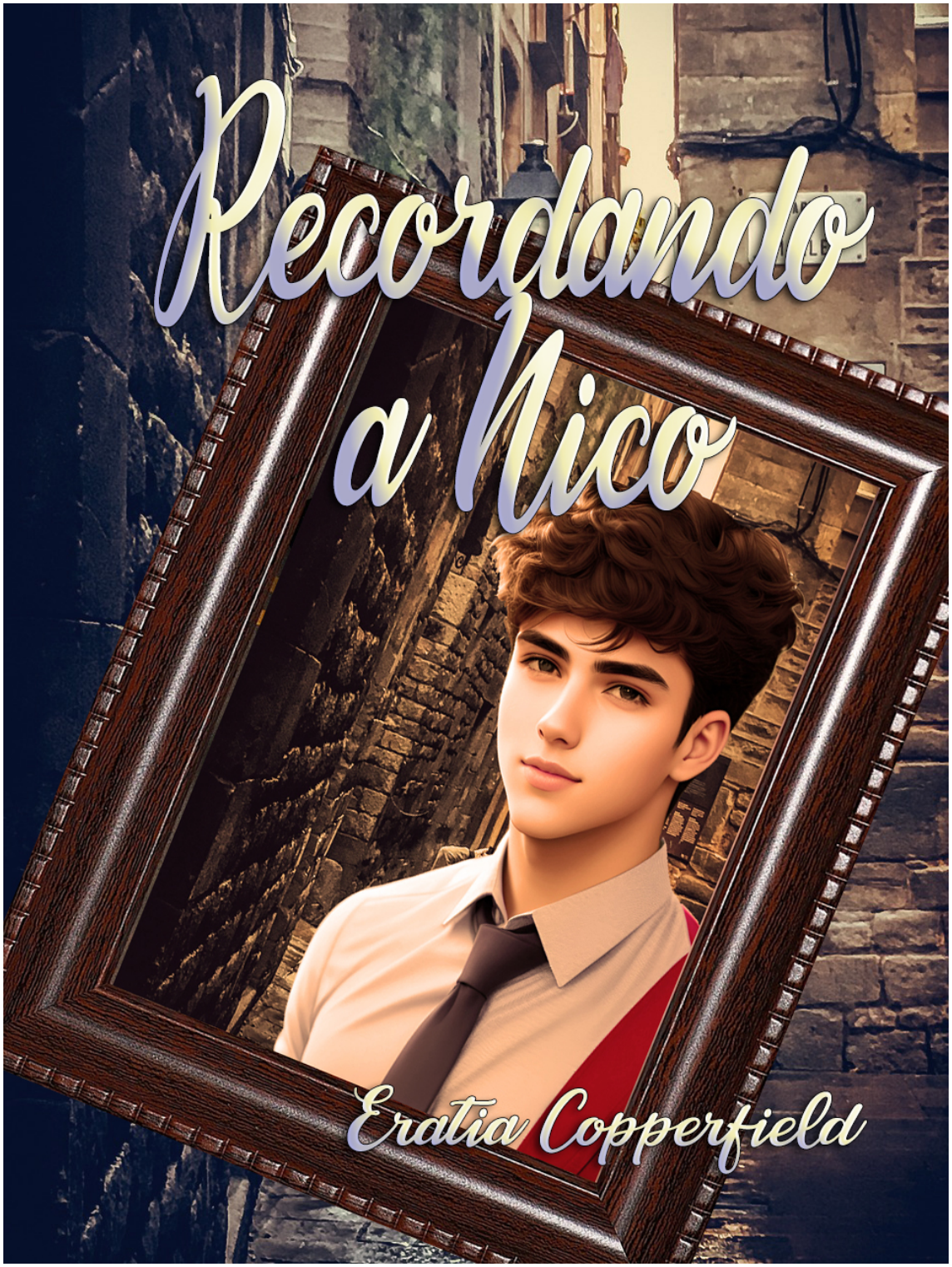
RECORDANDO A NICO

Eratia Copperfield



Capítulo 1

Recordando a Nico

Eratia Copperfield

Iniciada en Abril de 1992. Finalizada el día 8 de Junio de 1992. Revisada el 13 de Junio de 2020.

* * * * *

Me apetecía tomar una copa y ver de nuevo a los amigos y conocidos que me ayudaron a escribir mi último libro. He pedido una cerveza en la barra, y he charlado un rato con el dueño, José Maroto. Es un tipo de mediana estatura, delgado, de escaso y negro cabello, ojos pequeños y cara chupada. Es un individuo que, a su manera, resulta bastante agradable. Siempre me ha recordado a Christopher Lee en el papel de Conde Drácula. Fue él quien me puso en contacto con aquellas personas que me interesaban.

Mientras hablábamos de trivialidades, ha entrado un muchacho que acostumbra a frecuentar el local. No le conozco personalmente, ni siquiera será su nombre. El chico ha pedido un cubata que comenzó a beber a pequeños tragos. De pronto ha interrumpido nuestra conversación, y lo ha soltado sin más

- ¿Conocíais al Nico? Ha muerto.

* * * * *

1

Todavía me siento confundido. La noticia me ha impresionado. Me llamo Julián. Mi apellido no importa en estos momentos, ya que no es de mí de quien quiero hablar. Yo no importo. Lo que importa es que yo conocía a

Nico. Le conocía realmente, y no únicamente al hermoso jovencito que cobraba por sus favores. De hecho, la cosa vino rodada. Yo quería escribir un libro que hablara sobre la prostitución de gays. Una historia de homosexuales. Quizá una más.

Pero deseaba hablar con algunos de ellos, conocer lo que pensaban, sus costumbres... Un amigo me habló de un bar en el Eixample, en el que solían reunirse, y me aconsejó que hablara con el dueño. El primer día me acompañó, me presentó a Maroto y éste, a su vez, me puso en contacto con varios conocidos que frecuentaban el bar. Todo iba perfectamente. Mis colaboradores respondían mejor de los que yo mismo había imaginado, mi libro fluía con extraordinaria rapidez y confiaba en terminarlo en poco tiempo. Aun así, yo seguía yendo al "Maroto". Me gusta ese lugar, y ya tengo algunas amistades. Solo faltaba un capítulo para acabar, y llevaba casi un mes sin aparecer por allí.

Recuerdo bien que fue un jueves por la noche. El bar todavía no estaba tan abarrotado como de costumbre, y podía conversar con Maroto. Al cabo de un rato, le reclamó un cliente y yo quedé solo con mi cerveza... y con un extraño hormigueo en la nuca. No era la primera vez que lo notaba desde que había llegado, pero sí la primera que me intrigó. Me giré en el alto taburete de piel y busqué el origen de aquella sensación. Lo encontré reclinado en una silla, vestido con unos descoloridos tejanos y una camiseta blanca de cuello redondo y sin mangas, ligeramente ajustada. El muchacho tenía el cabello castaño claro, corto, y un mechón rebelde caía sobre su frente; sus facciones eran suaves y hermosas, pero viriles; tenía unos ojos grandes y llenos de vida; quizás la nariz fuese un poco corta, pero no restaba atractivo alguno a su semblante, y sus labios sonreían ligeramente pícaros e insinuantes.

En aquel momento, para mí tan solo era un muchacho más en busca de un compañero ocasional a cambio de unos miles de pesetas. Alguien reía a mi lado. Era una risa queda y maliciosa. Me volví y vi que Maroto me miraba divertido.

- ¿Por qué no le invitas? - me provocó - Puede que te ayude con tu libro.

- Ya casi lo he acabado. – rechacé riéndome.- Creo que no necesito más testimonios.

Maroto miraba por encima de mi hombro y asintió sin borrar su burlona sonrisa. Iba a preguntarle el motivo de su diversión, pero me interrumpió una voz joven que solicitaba un Baccardi con limón. Era el chico de la silla, y se apoyaba en el mostrador con desenvoltura. Tan solo me dirigió una fugaz mirada. Maroto, en cambio, fue más explícito. La suya me decía "anda con él".

Me limité a sonreír y beber un sorbo de cerveza.

- Oye, apúntamelo en mi cuenta, ¿vale?

- ¿Otra vez sin blanca, Nico?

Miré con disimulo. El muchacho se encogió de hombros.

- Si estiro un poco, podré comer mañana.- respondió.

Tenía una voz muy agradable. Y físicamente tampoco estaba mal. No era muy alto, tal vez mediría un metro setenta y poco; la camiseta marcaba ligeramente su tórax, sus músculos abdominales, sus bíceps. No era un atleta, pero tampoco estaba excesivamente delgado. Había visto a muchos chicos durante mi investigación, y podía apreciar cuándo era realmente atractivo un muchacho. Y Nico se hallaba sobradamente en los más estrictos cánones de belleza masculina. Lo observé con disimulo mientras hablaba con Maroto, y lo seguí con la mirada cuando un cliente se le aproximó y le invitó a acompañarle. No pude evitar lamentar que marchase del local con aquel desconocido.

En ninguno de sus gestos, ni en la actitud más insignificante aprecié rastro alguno de afeminamiento, pero a lo largo de las numerosas entrevistas mantenidas con mis voluntarios colaboradores en mi estudio, había aprendido que esos detalles nada significaban. Muchos de los chicos que se dedicaban a la prostitución, lo hacían tan solo por el dinero rápido que les proporcionaba, fuese por una necesidad o por depender a las sustancias de las que dependían. Pagué mi consumición y marché de allí con una indescriptible sensación.

Regresé el domingo. Lo negaba rotundamente, pero lo cierto era que sentía una acuciante necesidad de volver a ver a ese chico. El bar estaba abarrotado. Tuve suerte y pude ocupar un taburete en la esquina de la barra. Maroto no tardó en servirme la consumición que terminé por convertir en habitual: una jarra de cerveza fría. En aquella ocasión, acompañada de una sonrisita burlona que me intrigó.

- Ha ido al lavabo. No tardará en salir.

Le miré con fijeza, preguntándome qué pretendía contarme. Me traía sin cuidado a dónde había ido, ni cuánto pensaba tardar quien quiera que fuese. Él debió leer mi expresión y molestarse al comprender que yo no tenía la menor ida de a qué se refería., porque soltó un bufido, dejó de

sacar brillo al mostrador y se inclinó hacia mí.

- Nico está aquí. – me dijo.

Debo reconocerlo. Me molestó su intuición, aunque fingí que seguía sin enterarme de nada. Es una posición bastante cómoda cuando se quiere ocultar algo.

- Sí, hombre.- insistió con increíble paciencia.- Le conociste el jueves... - iba a proseguir, tal vez incluso se disponía a darme todo tipo de detalles con el fin de refrescar mi memoria, pero le vi erguirse y volverse hacia la puerta de los lavabos.

Me giré sin ocultar mi curiosidad.

- Mira, ese es Nico. – señaló con la barbilla en aquella dirección.

No necesitaba que me informase. Lo reconocí inmediatamente. El muchacho vestía en esa ocasión una camisa roja y tejanos negros. Se había detenido a medio camino y parecía no saber qué paso dar a continuación. Un chico de cabellos castaños y rizados se aproximó a él y señaló en dirección a una de las mesas que no pude ver a causa de la gente que se interponía en mi campo de visión. Nico agachó la cabeza, se metió las manos en los bolsillos, y negó despacio. Tras la barra del bar, Maroto hizo un ruido extraño con la lengua.

Tenía el ceño fruncido y no dejaba de observar en dirección a los dos muchachos.

- Mal asunto. – refunfuñó.

- ¿Por qué? – pregunté yo sin a pensar.

Un cliente reclamó a Maroto desde el otro extremo de la barra para que le sirviera, dejándome con la intriga. Por mi parte, devolví mi atención a los dos chicos que continuaban hablando, discutiendo más bien, en voz baja. Al parecer Nico no cambiaba de opinión y el otro estaba comenzando a impacientarse, juzgué al advertir el modo en el que le tomaba por el codo. Aquello no debió ser del agrado de Nico, que se soltó de un tirón y se apartó de él. Se había sonrojado intensamente y agachaba la cabeza nuevamente.

- No eres profesional, tío.- le increpó alzando la voz. - ¿Qué coño te pasa hoy?

Decidí que ya había tenido suficiente por el momento, y dejé mi jarra. Antes de percatarme de lo que estaba haciendo, me había plantado

junto a ellos.

- ¿Vas a venir o no? – insistía el muchacho del cabello rizado.

- No, no va a ir. – respondí tajante y tomé a Nico del brazo.- Vamos.

Ambos se volvieron hacia mí, a cuál de ellos más desconcertado a causa de mi intromisión. El acosador que hubiese fulminado con la mirada de haber sido posible. Afortunadamente para mí, no era una de sus facultades. Ignorándole, di un suave empujoncito a Nico para que caminase hacia el lugar en el que me esperaba mi jarra de cerveza y la arqueada ceja de Maroto. El muchacho se acodó en la barra y escondió el rostro en sus manos, por lo que no pudo advertir el malicioso guiño que me dirigió el dueño del bar.

- Ponle lo que quiera. - le indiqué aparentando no haberme percatado de nada.

Nico alzó la cabeza y un suspiro escapó de sus labios.

- Un Ballantine's.

Maroto escanció el aromático licor en un vaso de tubo sin realizar ningún comentario, y marchó con el pretexto de atender a un cliente a pesar de que nadie le había solicitado nada.

Bebí de mi jarra y, mientras lo hacía, observé detenidamente a mi joven y silencioso acompañante. La vez anterior estaba mucho más animado. Sus ojos carecían de la vivacidad del otro día. Y ese descubrimiento me apenó, porque la verdad era que poseía unos bonitos ojos verdes y una sonrisa vivaracha que había iluminado su rostro.

Después de lo que había sido testigo, comencé a preguntarme por las razones que pudiera tener para semejante decaimiento.

- Gracias.

Me sorprendió cuando me habló. Su voz solo había sido un murmullo. El chico me intrigaba. Debía de estar mirándole fijamente sin darme cuenta, porque él se irguió y volvió hacia mía Me sonreía, y comprendí que intentaba recuperar su papel de conquistador. Un chico triste no siempre era deseable, aunque todo podía ser.

Apoyé la mano en su hombro, y él se humedeció los labios con el Ballantine's. Maroto se aproximó una vez más a nosotros, y nos observó intrigado. Yo me encogí de hombros como única respuesta a su

muda pregunta.

- Nico, ¿qué te pasa?

Maroto me pareció realmente preocupado por el chico. Nico compuso una mueca indescifrable.

- Oye, nunca te habías portado así. Rechazas una invitación, este amigo te saca de un atolladero, y...

- Maroto, déjalo.- le interrumpí. No quería que mi intervención fuese considerada como una deuda que estaba obligado a saldar. Pero mi Conde Drácula particular (continuaba recordándome a Christopher Lee), me mandó callar con un gesto al que obedecí a causa de la sorpresa que ello me causó.

- …Y en lugar de mostrarte agradable,- prosiguió sin detenerse.- pones cara de estar en un velatorio.

- No pasa nada...- se rebeló sin ofenderse.- Es sólo que… - me miró y sacudió la cabeza, como si intentase apartar algo que le molestaba.- Bueno, es que…

Tanto Maroto como yo le observábamos con interés. El chico estaba confundido, y nuestra atención únicamente conseguía incrementar su desconcierto.

- Maroto..., ¿puedes hacerme un préstamo?

- ¿Estás sin blanca? - inquirió asombrado.

- Más o menos...

- Pero si las cosas te van bien... ¿Puede saberse qué haces con la pasta?

Nico volvió a dirigirme una fugaz mirada, y jugueteó con el vaso. Me resultó evidente que yo era la causa de su reticencia a responder, de modo que pagué las bebidas.

Extraje otros cuatro billetes de cinco mil pesetas, y los deposité junto al vaso del muchacho. Nico clavó sobre mí sus sorprendidos ojos verdes. Fingí no percatarme de ello mientras me guardaba la cartera y apuraba de un trago la cerveza.

- Hasta la vista.

Acababa de abrir la puerta, cuando una mano me prendió del brazo y me detuvo. Me di la vuelta para encontrarme frente al chico.

- O te has olvidado el dinero, o me has olvidado a mí.

Su comentario me hizo gracia. Nico sonreía, mientras entre sus dedos me ofrecía las veinte mil pesetas dobladas por la mitad.

- Acostumbro a presumir de buena memoria.- respondí sonriéndole a mi vez.- Considéralo un préstamo.

- No sé cuándo podré devolvértelo. Pero si vamos a tu casa, o a una pensión, puedo...

- ¿Cuánto cobras normalmente? – le interrumpí.

Nico no pareció extrañarse.

- Veinticinco... Pero no me importa irme contigo a cambio de esto... – indicó refiriéndose a la cantidad que todavía sostenía en su mano.

Le sonreí y le cerré la mano sobre los billetes.

- No, Nico. Ya te lo he dicho. Considéralo un préstamo.

No esperé a ver su reacción. Marché a casa cansado. Al día siguiente me esperaba una dura jornada. Era Lunes, y tenía por delante cuatro horas de clases en la Universidad, después debía poner en orden varias notas para una nueva idea y, además, quería trabajar en el último capítulo de mi libro. De hecho, hacia un buen rato que tendría que estar durmiendo. Durante el trayecto hasta mi casa, un viejo piso en la Gran Vía de Las Corts, escuchaba una cinta de Madness. Hace mucho tiempo que no se sabe nada de ese grupo, pero a mí continuaba gustándome. Además, es una de las cassettes que siempre tengo en la guantera del coche.

Esa noche me olvidé de todo..., menos de Nico.

2

No volvería por el "Maroto" hasta un par de semanas más tarde. Los exámenes en la Universidad me mantuvieron ocupado todo el tiempo. Eso..., y el afán que tenía por terminar el libro. Conseguí acabarlo y lo llevé a mi editorial para alegría de mi agente por no haber apurado la

fecha límite de la entrega. Ya sólo quedaba esperar a la su edición. Con ese ánimo me presenté en el bar.

Maroto me saludó tan pronto como me vio entrar y colocó una jarra de cerveza delante de mí y un sobre. Intrigado, lo examiné con absoluta perplejidad y le interrogué con la mirada.

- Alguien me ha pedido que te lo diese.- fue toda su explicación.

Lo abrí. En su interior hallé una nota y veinte mil pesetas. La nota estaba escrita con trazos apretados e inclinados hacia la derecha, pero la letra era perfectamente legible.

<< Gracias por el préstamo. Me gustaría volver a verte. Espérame hasta las doce. Prometo ir.>>

Firmaba, sencillamente, Nico.

Consulté la hora en mi reloj. Faltaban diez minutos para la medianoche. A las doce en punto, la puerta del bar se abrió. No me había fijado en lo pendiente que estaba de aquella condenada puerta, hasta que le vi aparecer por ella.

Nico se encaminó directamente hacia donde yo hallaba. Esa noche volvía a tener vida en su rostro, y en su sonrisa.

- Hola. – me saludó animadamente.

- Hola.- correspondí.- ¿Qué quieres tomar?

Nico acercó un taburete que un parroquiano acababa de dejar libre y tomó asiento a mi lado.

- Bacardí con hielo. ¿Te lo dieron?

- ¿El sobre? – confirmé.- Ajá.

- Gracias otra vez.- se interrumpió para saludar a Maroto y corresponder a un par de sus bromas.

Tan pronto nos volvió a dejar solos con su peculiar discreción, Nico se giró de nuevo hacia mí.

- Lo cierto es que me sacaron de un aprieto.

- Me alegro.

- Pero no entiendo por qué no quisiste que me fuera contigo. ¿Por qué me las prestaste?

- No lo sé.- respondí con sinceridad.- Me pareció oportuno.

Lo cierto es que a día de hoy, después de todo lo acaecido, sigo sin saber por qué le presté aquel dinero. Pero me siento feliz al recordar el modo en el que sonreía, la tranquilidad que se traslucía en su forma de hablar, de permanecer a mi lado.

- Maroto me dijo que eres escritor.

- Lo intento.- sonreí sin querer pavonearme.

- Es bonito hacer lo que tú haces. Eres un dios.- decretó y acto seguido se llevó el vaso a los labios.

Me eché a reír, halagado por su sencillo comentario. Me agradaba su manera de hablar. Pese a su juventud, no empleaba las constantes muletillas características a los muchachos de su generación y que diariamente escuchaba en las aulas. Su voz sonaba serena, melodiosa y cálida, su sonrisa poseía una suave calidez. Al igual que sus ojos, reflejaba su estado de ánimo con pasmosa claridad.

- En serio.- insistió risueño.- Creas situaciones, personajes... Juegas con el destino como mejor te parece, con los sentimientos...

Dejé de reírme con el presentimiento de que no debía tomarme a broma sus palabras.

- ¿Te gusta leer?

- Lo hago siempre que puedo. – afirmó mirándome directamente a los ojos.

- ¿Estudias? – ese chico despertaba cada vez más mi interés.

- No. No tengo tiempo. – apartó su mirada y bebió un largo trago.- Tampoco me gusta. ¿Solo escribes? – me preguntó volviéndose a animar.

- No. Soy profesor de filología castellana en la Universidad.

- ¡Un catedrático! – silbó con admiración y a continuación reímos juntos.

Nico tenía una risa alegre y sana. Al escucharla, tuve la sensación de que nada malo podría ocurrir. Hoy, sé que tales sensaciones son engañosas. Continuamos conversando un buen rato, aunque ahora no

recuerdo gran cosa de todo ello. Nico no buscó un cliente, no insinuó deseo alguno de marchar, y permanecimos allí hasta que hubo marchado el último cliente y Maroto nos invitó a tomar con él una última ronda.

Ya en la calle, nos despedimos de Maroto, y Nico vaciló con las manos en los bolsillos de su cazadora de cuero. Mi viejo Audi azul, que todavía conduzco, estaba estacionado cerca, y caminé hasta él. Observé a Nico por encima del techo después de introducir la llave en la cerradura.

- ¿Dónde vives?

- En una pensión, cerca de Las Ramblas de Los Estudios.

Casi parecía una confesión. Me miraba con la cabeza baja, mientras acariciaba el suelo con la punta del zapato y se mordía el labio. Siempre lo hacía cuando estaba nervioso. Presentía lo que estaba esperando: que le invitase a venir conmigo.

- Qué joder…- mascullé para mis adentros, irritado conmigo mismo por mis torpes dudas.- Sube, Nico.

Volvió a sonreír y se apresuró a obedecer. Introduje la llave en el contacto y puse el motor en marcha.

- ¿No te arrepentirás?

No le respondí, convencido de que él creía una cosa distinta a mis propósitos. Cuando giré el volante y entramos en Las Ramblas, vi decepción y desconcierto en su rostro.

- ¿Por qué? – me preguntó intrigado. - ¿No te gusto?

- No es eso, Nico. Me pareces un chico estupendo.

- ¿Pero?

- Nico, me caes muy bien, pero no me quiero acostar contigo. No es lo mío.- le sonreí.- Me gustan las mujeres.

- Entonces… ¿a qué vas al "Maroto"? – inquirió intrigado.

- Es un bar, ¿no? – reí para suavizar el momento.

Nico me observó con calma, y asintió con una única cabezada.

- Vale.- señaló la próxima calle.- Para por aquí. Abrió la portezuela tan pronto como detuve el auto y descendió. Antes de cerrar la puerta se

asomó por la ventanilla.- No sé tu nombre.

- Julián.- le respondió sin pensar.

El muchacho sonrió una vez más.

- Buenas noches, Julián.

Después de esa noche, pensaba que no volvería a verle. Después de todo, lo había rechazado por dos veces, y eso es algo que a nadie le hace la menor gracia. Por otro lado, ya le había dejado claro que no era ningún posible cliente. Nada, pues, me ligaba a ese muchacho. Cuál no sería mi asombro cuando, una semana después, en una de mis ya tradicionales visitas al Maroto, alrededor de la una de la madrugada, sentí que alguien me tocaba en la espalda y, al girarme, le vi a él. Volvía a llevar puesta la ajustada camiseta que vestía el día en el que le conocí, y lo que mejor le sentaba, una gran sonrisa en su rostro.

- Hola, Julián. ¿Puedo acompañarte?

Advertí que su pregunta implicaba algo más, y asentía. El muchacho miró a su alrededor, e indicó una mesa que un hombre de vulgar aspecto que rondaba la cincuentena, dejaba libre en ese preciso instante para marchar en pos de un atractivo jovenzuelo de cabellos castaños y rizados.

- ¿Nos sentamos allá?

- Ve delante.-le indiqué.- ¿Qué vas a tomar?

- No lo sé...

- ¿Bacardi? – recordé que había sido su bebida aquella última vez.

- Ya me vale.- aceptó.

Mientras aguardaba a que Maroto me sirviera, observé a Nico con disimulo. Se había adueñado de la mesa, y me esperaba acodado sobre ella. Maroto no tardó en atenderme. Al tiempo que vertía el transparente líquido en el vaso, me miraba con burlona intensidad.

- ¿No habías terminado ya el libro? – ironizó.

- Exacto. – asintió fingiendo no percatarme del doble sentido de su

pegunta.

- Creo recordar que dijiste que ya no necesitabas más "testimonios". –insistió jocoso.

- No los necesito.- sonreí y, antes de que tuviese tiempo de añadir otro de sus insidiosos comentarios, me llevé el vaso de ron y mi jarra de cerveza a la mesa.

Nico bebió un sorbo, apenas suficiente para humedecerse los labios, y depositó el vaso con cuidad sobre la mesa. Noté cómo me examinaba y estudiaba. Al mirarle a él, le vi sonrojarse intensamente y apartar sus ojos. No nos hablamos durante un buen rato, y la curiosidad comenzaba a picotear mi voluntad igual que un polluelo hambriento.

- ¿Estás bien de dinero?

No sé bien por qué le hice aquella pregunta, pero el modo en el que me miró, me pareció el de un chiquillo cogido en alguna falta. Él sonrió inmediatamente. Aun así, no consiguió que desapareciera del todo mi primera impresión.

- No estoy mal. ¿Puedo preguntarte por qué lo dices?

- Tal vez, porque te veo muy apagado esta noche, y creo que estás perdiendo tu tiempo conmigo.

Nico se inclinó hacia mí y me sonrió de un modo tan dulce que logró conmoverme.

- Sólo tenía miedo de que no quisieras verme nunca más.

Lo cierto era que me sentí agitado por extrañas e incomprensibles sensaciones. No hacía tantos días que yo mismo me planteaba también esa posibilidad con gran preocupación.

- Está claro. Yo soy un chapero..., y tú me enseñaste la otra noche cuál es mi sitio. Ya sé que...- vaciló y jugueteó con el vaso.- Sé que tú no vienes buscando "plan"..., pero me gusta hablar contigo. Para mí supone un cambio saber que cuando termine de beberme esto, no tendré que irme contigo a la cama. Es agradable estar contigo, sin que debas pagarme después...

Un súbito vacío me mordió las entrañas, y sentí un irreprimible impulso de cogerle la mano, pero me conformé con agarrar la jarra que tenía delante de mí.

- Nico... – comencé a decir, aunque me interrumpí sin saber cómo continuar.

Me miró un instante y, después clavó sus ojos en el contenido del vaso, con una leve sonrisa prendida en los labios.

- No me lamento, Julián... Ésta es mi vida, y me conformo.

Paseé la mirada por nuestro alrededor. El bar estaba lleno y, por primera vez, las tenues luces, el humo y el continuo rumor de las conversaciones, la música suave, me irritaban. El chico bebía en silencio cuando me volví de nuevo hacia él, y tenía la vista fija en mí.

- Quiero irme de aquí, Nico.

Deseaba continuar nuestra conversación, pero no allí, donde podían interrumpirnos en cualquier momento. Creí advertir, por otra parte, una necesidad de
hablar, de confiarse, de un modo poco usual. A través de sus palabras, pude entrever a un muchacho distinto del que él vendía, y por el que me sentía cada vez más intrigado. Nico apenas probó su bebida, y se puso en pie.

- ¿Nos vamos?

El miedo me invadió de modo incomprensible. Sentía temor ante la posibilidad de que él hubiera tergiversado mis deseos y el hecho de no saber cómo aclarar mis palabras sin dañarle. Parecía tener tanta prisa por marchar.

Subimos en mi auto e hicimos el corto viaje hasta mi casa en completo silencio. Tampoco hablamos mientras aparcaba, ni cuando subimos las escaleras. Vivo en un tercer piso, y nunca se me antojó la ascensión tan larga y pesada. Nico entró despacio. Llevaba las manos en los bolsillos del pantalán, y se quedó mirando el pasillo en ambas direcciones. Tengo una pequeña manía, y es que no soporto las puertas cerradas. En aquel momento, me increpé por ello. Al fondo del corredor está mi dormitorio, y se veía la cama, por lo que me sentía terriblemente incómodo.

- Pasa al comedor.

Debió notar algo en mi voz, porque se giró hacia mí y me sonrió. Sin embargo, no entró en el comedor, tal y como le había indicado, sino en mi estudio. Ambas estancias están separadas por un tabique y conectadas entre sí por medio de una alta puerta de dos hojas. El estudio estaba en un completo desorden. La mesa tenía que adivinarse bajo montones de papeles y, una vez más, me había dejado el ordenador,

un Amstrad PC-1512, encendido.

Nico se apoyó en el respaldo de la silla y se inclinó sobre la pantalla para leer lo que en ella aparecía. No tardó en incorporarse y mirarme. En su semblante advertí curiosidad y sorpresa irreprimibles.

- ¿Es el libro del que me habló Maroto? - No.- me aproximé y extraje el disquete.- Se trata de unas notas para otro. Tengo material para continuar con el tema.

- Me hubiera gustado ayudarte.

Apagué el ordenador y le coloqué la funda.

- Nunca te vi por allá.

- Lo sé.- sonrió y me ayudó a recoger las hojas diseminadas sobre la mesa auxiliar.

Al entregármelas se encontraron nuestras miradas. De inmediato mi incomodidad aumentó hasta hacérseme insoportable.

- Nico, no quiero que pienses que te he traído a mi casa para... - me interrumpí extrañado y, por qué no decirlo, confundido como nunca lo había estado. Nico sonreía levemente con condescendiente comprensión.

- Julián, no tienes que disculparte a cada momento... Me has traído a tu casa, y me parece muy bien. Estamos más tranquilos que en el bar. Tú no quieres acostarte conmigo, ya me lo dijiste en una ocasión, y estoy conforme. Por favor, no... - le vi atascarse, y me entristecí sin poderlo evitar. Estaba visto que, cada vez que pretendía deshacer un malentendido, sólo conseguía poner el dedo en alguna llaga abierta.

- Lo siento, Nico.

Él asintió y pasó al comedor. Yo tardé un poco en seguirle. Me sentía como un estúpido. Durante mi investigación había hablado con muchachos como él, con clientes habituales de sus servicios. Algunos subieron a casa, y en ningún momento me encontré ante semejantes aprensiones. No entendía qué era lo que me sucedía con Nico. Aquella especie de necesidad de marcar en todo momento mi postura, como si tuviera miedo a que me asaltase sexualmente... De hecho, con él siempre me sentiría de forma parecida. Sin embargo, no era a él a quien le temía..., sino a fallarle de algún modo.

Entré en el comedor. Nico se había acomodado en el tresillo de piel y hojeaba uno de los libros de la universidad. Al advertir mi presencia, cosa que hizo de inmediato, lo dejó a un lado y miró a su alrededor. No

hay mucho que ver, esa es la verdad. Sólo tengo el tresillo en el que estaba el chico, y una mesa de té delante de él. Entre la puerta de la galería y la del estudio, está la rinconera, con un pequeño televisor en color de catorce pulgadas, y un minibar oculto tras una doble puerta; una mesa con cuatro sillas rodeándola completan el mobiliario conjuntamente con una lámpara de pie de moderno diseño situada a la derecha del tresillo.

Nico clavó al fin su vista sobre mí. Volvía a sonreír de un modo dulce, muy suyo, pero sombreado por una tristeza casi imperceptible. - Me gusta tu casa. Pude apreciar que decía la verdad. Se le veía cómodo e increíblemente tranquilo.

- No está mal. ¿Quieres tomar algo? No tengo Ballentine's, pero si quieres J.B...

Nico se llevó la mano a la cabeza y negó despacio con un brillo de diversión en sus ojos.

- Creo que no. He bebido demasiado esta noche.

- Pero si apenas tocaste tu vaso.- protesté.

Él rió bajo y volvió a hojear el libro que poco antes tuviera entre las manos. Me miró sin levantar la cabeza, limitándose a ladearla ligeramente.

- Acababa de dejar a un cliente, Julián...

Su confesión me dejó mudo. Me acusé de ingenuo. Cuando apareció en el bar, pensé que esa sería su primera copa. Debió de resultarme evidente que a esas horas, Nico ya tenía que haber iniciado su "jornada laboral" desde hacía varias horas.

Me preparé un J.B con hielo y me senté a su lado. Le observé mientras él leía una anotación que yo había escrito en uno de los márgenes. Me percaté de la relajación de su cuerpo, de sus facciones serenas... Advertí una vez más su notable atractivo, y tuve que reconocer el buen gusto de los hombres que le escogían, aunque continuaba sin imaginarme cómo se comportaría con ellos, ni tampoco podía verle entre sus brazos. Pero allí sentado, callado, concentrado en la lectura de un libro, dejaba de ser el amante ocasional, para ser él mismo por primera vez.

- Nico.- mi propia voz me sobresaltó por lo súbita y ronca que surgió, aunque él se volvió sin parecer afectado.- ¿puedo preguntarte algo

personal? – él asintió una sola vez. - ¿Por qué lo haces?

Me miró fijamente durante lo que se me antojó una eternidad, aunque tan sólo fueron unos segundos. Pasó despacio un par de hojas y, por último, cerró el libro y lo depositó sobre la mesa. Su silencio me inquietó.

- Por favor, considera que no he dicho nada.

Mi mano se detuvo a escasos centímetros de su brazo, pero no llegó a tocarle. Nico se dio cuenta. Lo supe al ver cómo se sombreaban sus facciones. Algo se encogió en mi interior.

El chico se incorporó despacio, y yo le seguí con la mirada mientras abría la puerta del pequeño balcón que se asoma a la Gran Vía y salía fuera. Eran más de las dos de la madrugada y a esas horas, el tráfico era escaso, y así continuaría hasta la tarde del domingo.

- Julián.

Me acerqué rápidamente, pero me quedé detrás de él, apoyado en las persianas de madera.

- Julián... - su voz era tenue.- ¿Por qué importa tanto el motivo por el que me voy con hombres? ¿Por qué todos preguntan cosas que en realidad no desean saber, cuando lo único que quieren es joder conmigo?

Percibí una terrible amargura, una indescriptible angustia en su tono. Me aparté de la persiana, y acaricié su espalda. Él alzó la cabeza y, a pesar de la escasa luz, vi sus ojos velados. Una pregunta me asaltó de pronto: ¿qué ocultas razones existían para provocar tanto dolor?

- Ese no es mi caso, Nico.

- Entonces..., ¿por qué lo preguntas?- exclamó exaltado.

Se apartó de mi lado y entró de nuevo. Permaneció de pie en medio del comedor, de espaldas a mí, abrazándose a sí mismo. Temblaba, y no era de frío.

- Nico, ¿qué ocurre? ¿Quieres que hablemos? ¿Puedo ayudarte?

Movió la cabeza en sentido horizontal. No tardé en oír su voz.

- No, no puedes. Nadie puede.

- Nico, puedes confiar en mí.

El chico se volvió despacio. Su semblante reflejaba una profunda tristeza y, aunque se esforzó en sonreír, aquella no desapareció.

- He... perdido el control, ¿verdad?

Abrí los brazos para abarcar el lugar en el que estábamos.

- Estás en tu casa. Puedes perderlo cuantas veces quieras.

Me miraba con fijeza y se mordía el labio. Algo le preocupaba, eso era evidente.

- Nico, ¿qué te parece si... te sientas?

- No. Tengo que irme. Ya he abusado demasiado de tu tiempo.

Le detuve antes de que alcanzara la puerta, y le sonreí para tranquilizarle. No podía dejarle ir de aquel modo. No sin saber qué era lo que le tenía tan alterado.

- Mañana no tengo que trabajar, Nico. No importa si esta noche me voy a dormir más tarde. Ven.- le llevé de regreso al comedor, y le hice sentar a mi lado.- Dime qué te pasa. Has estado extraño desde el principio.

Nico bebió de mi vaso y agitó lentamente su contenido, con la mirada clavada en el fondo de cristal.

- ¿Tienes problemas con las drogas? ¿Te pinchas?

- ¿Dejarías de considerarme amigo tuyo si lo hiciera?- me devolvió la pregunta con aguda rapidez.

- No. Pero, ¿lo haces?

Guardó silencio y bebió de nuevo.

- No. A veces tomo algún "tripi", pero es de forma muy ocasional.

- ¿Puedo preguntarte cómo de ocasional?

- A veces... No sé... Alguna que otra.

- ¿Por eso necesitas el dinero?

Nico calló una vez más. Yo comencé a impacientarme. No sería el primer chapero drogadicto. Me lo habían dicho mis apreciados

testimonios. Varios de ellos lo hacían. Pero Nico parecía distinto, y me sentí decepcionado al pensar que también é podía ser igual.

- Nico, quisiera ayudarte..., pero no podré si no me explicas algo.

- No te preocupes, Julián. No hay nada que tú puedas hacer. Es suficiente con lo que haces ahora.

- ¿Con lo que hago?- exclamé sorprendido, sin comprender lo que quería decir.

- Me escuchas.- sonrió de nuevo, de ese modo dulce que él sabía, y me presionó la mano con los ojos fijos en los míos.

- Nico, antes...

- He tenido una mala noche, eso es todo...

- ¿No quieres hablar de ello?

Respingó, como si aquella posibilidad jamás se le hubiera pasado por la cabeza. Sonreía. Por primera vez yo conseguía sorprenderle a él.

- ¿Hablar?

- Ahá. Hoy estás apagado, te lo dije en el bar. Y sigo pensando igual. ¿Te ha ocurrido algo?

Se mordió el labio, y lo meditó unos instantes.

- Una tontería... Discutí con mi madre, y me he portado como un novato con un cliente...

Estaba perplejo. En ningún momento se me ocurrió pensar que todavía tuviera una madre. De hecho, fui consciente de que lo ignoraba absolutamente todo de él, y sentía una tremenda curiosidad por saber qué clase de persona sería aquella mujer que permitía a su hijo dedicarse a tan degradante profesión.

- Pensaba que vivías en la pensión tú solo.

- Tengo una habitación reservada. Oficialmente, vivo allí.

- ¿Oficialmente?

Descubrí que Nico, además de poseer dos facetas distintas en su personalidad, había creado también una vida propia para cada una de ellas, y me asaltó la duda sobre el número de personas que conocerían su

doble existencia.

- Normalmente vivo en casa, con mi madre.

El chico movió la cabeza sin mirarme, para reafirmar la veracidad de su confesión.

- ¿Ella sabe a lo que te dedicas?

Esta vez sí que me permitió ver sus ojos verdes. La tristeza que había en ellos me hizo estremecer.

- Lo ha descubierto.- musitó.- O tal vez sólo lo presiente... No lo sé. Yo... Yo sabía que no podía mantener esta farsa por siempre..., pero me duele que ella llegue a saberlo.

Guardé silencio a pesar de los enormes deseos de conocer más sobre él. Una y otra vez acudía la misma pregunta a mis labios, para verse relegada de nuevo al rincón del que provenía. No deseaba provocar otra explosión de malhumor que le impulsara a marchar.

Ante mi mutismo, Nico me miró con inquietante intensidad, extrañado por mi silencio.

- ¿No dices nada?

- Por ahora, sólo se me ocurre una pregunta, pero no sé si debo hacértela. - Quieres saber por qué me dedico a esto. - Pues sí. Sobre todo, si estás con ella y, por lo que me dices, lo desconoce todo.

Agachó la cabeza, se llevó el vaso a los labios y volvió a mirarme después.

- ¿Puedes ponerme otro, Julián?

- ¿Estás seguro?

- Por favor...

Me levanté sin responderle, cada vez más intrigado, confundido e interesado en el muchacho. No se comportaba como aquellos que habían colaborado para proporcionarme información para mi libro. Ellos hablaban con más o menos desafío, más o menos vanidad, enorgulleciéndose incluso de su profesión. Sin embargo, para Nico aquello significaba algo más. Y yo iba a descubrir de qué modo. Serví whisky en sendos vasos limpios, y regresé a su lado. Nico bebió un poco antes de musitar un casi

inaudible "gracias".

- Verás... Teníamos unas tierras en Soria, pero las cosas no nos iban demasiado bien. Mi padre había muerto hacía poco tiempo, y mi madre estaba enferma... Mi hermana y yo sólo éramos dos críos, y no podíamos sacar la granja adelante. Tuvimos que malvenderlo todo, y nos vinimos a Barcelona, a casa de unos primos de mi padre. - se interrumpió para beber un poco más y sentarse en el borde del tresillo. Depositó el vaso encima de la mesa y dejó caer los brazos sobre las rodillas. Los recuerdos le entristecían..., pero no parecía querer detenernos. A cambio, yo le escuchaba atentamente. - Mi madre no podía trabajar debido a su enfermedad..., y nadie quiere a un crío de trece años. Sólo mi hermana pudo colocarse en un taller de confección por cuarenta mil pesetas al mes. El familiar que nos había recogido no nos decía nada, pero sabíamos que no podíamos continuar en su casa, dependiendo de su caridad. Ellos ya eran cuatro, y...

Me recliné en el sofá sin dejar de escucharle. La mala fortuna se había abatido sobre aquella pobre familia, y todavía no consideraba haber hecho suficiente, según podía advertir.

- Uno de mis primos me llevó una tarde al cine. – prosiguió hablando.- Nos colamos. En mitad de sesión tuve que ir al lavabo..., y allí un hombre me hizo proposiciones. Me daba mil pesetas si me dejaba tocar.

Me tensé. Nico tendría sólo trece años cuando comenzó. Continuó contándome aquel periodo de su vida. Aceptaría aquella primera vez, pero no se conformaría con aquellas mil pesetas. Pidió más y el desconocido las pagó. Nico no explicó nada a su primo ni a nadie más de la familia. Guardó el secreto, y comenzó a investigar. No tardó en descubrir los lugares más frecuentados por aquellos hombres capaces de pagar con más o menos generosidad ciertos servicios e un atractivo preadolescente a cambio de satisfacer sus más bajos instintos. Su coto de caza se amplió a los alrededores del Camp Nou, ciertos bares del Barrio Chino y algún que otro de Plaza Real, fingían no ver lo que sucedía, eso sí, a cambio de un porcentaje para permitirle estar ahí. Con algo más de tiempo, Nico dejó de frecuentar aquellos lugares. Sus clientes sabían cómo y dónde localizarle, ya no era un chico de la calle, se había convertido en mercancía de primera.

Enmudeció después de explicarme todo aquello y permaneció cabizbajo, con el vaso medio vacío entre las manos. Respeté su silencio. Me sentía confuso todavía. Sus comienzos, su historia, eran semejantes a la de otros muchos chicos y no obstante, para mí resultaba diferente.

Nico apuró el contenido del vaso, y consultó la hora en un reloj

de pulsera. Eran las cuatro menos diez, según mi propio reloj.

- Tengo que irme. Ya es muy tarde.

- Espera. ¿Por qué no te quedas esta noche? – propuse con la esperanza de que aceptase.

Clavó su sorprendida mirada sobre mí, y me estremecí al adivinar sus dudas. Él se había confiado a mí al contarme cosas que nadie más conocía, y mis palabras, dichas al azar, sin meditarlas antes de ser pronunciadas, sembraban nuevos temores en su ánimo. Nico creía que, después de todo, sólo le había invitado a casa para obtener lo mismo que sus clientes, aunque de un modo rastrero al escudarme tras la confianza que inusualmente había depositado en mí.

El único motivo por el que le hice semejante proposición, a pesar de que jamás soporté tener gente durmiendo en mi casa, fue su abatimiento. No deseaba verle marchar en aquel estado.

- Puedes dormir en el sofá.- indiqué sonriéndole, con el único objeto de eliminar cualquier confusión.- Prepararemos la cama en unos minutos.

Nico se relajó, aunque continuó sin responder. Las dudas se reflejaban con pasmosa nitidez en su rostro. Eso me hizo pensar que, muy posiblemente, era la primera vez que el hecho de aceptar la invitación de un hombre, no conllevaba la obligación de corresponder a unas caricias vacías de afecto y sumergirse, una vez más, en la falsa realidad de su vida cotidiana.

Aceptó. Se quedó a dormir en casa. Me ayudó a preparar la cama y, cuando me despedí de él, percibí su agradecimiento pese a que ninguna palabra salió de sus labios.

Hasta el mediodía no reuní las fuerzas necesarias para levantarme. Para entonces, Nico ya había marchado. Me sentí decepcionado por su despedida "a la francesa". Sin embargo, esa misma tarde tuve la ocasión de arrepentirme de mis injustas recriminaciones. El chico había dejado una nota pegada con celo a la pantalla del ordenador, seguramente convencido de que no pasaría mucho tiempo sin acudir, por un motivo u otro, al estudio.

Tengo la nota en mi mano. No sé por qué motivo la conservé, al igual que otras muchas cosas suyas, tal vez insignificantes, pero de gran importancia ahora para mí. En ese papel cuadriculado, dice:

<<Me voy a casa. Esta noche estaré en el Maroto. De todas formas, he anotado tu teléfono para poder llamarte.

Nico >>

No necesitaba dar más explicaciones. Sus palabras encerraban una invitación y una promesa al mismo tiempo. Para mí era suficiente.

3

En contra de mis deseos, no me resultó posible acudir a la cita. Recibí la inesperada visita de un viejo compañero de estudios que regresaba al día siguiente a Valencia. Después pasaría toda la semana atareado en la corrección de los trabajos de mis alumnos. En ese tiempo no se produjo la única llamada que en verdad esperaba recibir. Cada vez que sonaba el teléfono, me decía que sería él, para desilusionarme a continuación al oír otra voz distinta a la suya.

Llegó por fin el viernes por la noche, y acudí al bar. Tan pronto como crucé el umbral y cerré la puerta a mi espalda, le busqué, pero sin éxito. Maroto se apresuró a atenderme así como me descubrió sentado en mi rincón favorito. En esa ocasión pedí un bourbon que me sirvió con la diligencia de siempre y, después de comprobar que nadie requeriría su servicio en un buen rato, se apoyó en el mostrador frente a mí.

- Nico no está. No creo que venga por un tiempo.

La noticia me inquietó. Maroto percibió algo en mi rostro, pues posó su mano en mi brazo.

- Le ha gustado a un tipo que vino por aquí, y tal vez se quede con él.

Eso me preocupó todavía más. Si Nico se iba a vivir con un protector, ¿cómo se lo explicaría a su madre? Evidentemente, Maroto confundió el motivo de mi seriedad, y me sonrió con amigable picardía.

- Quién no corre, vuela, amigo.

- Y quien vuela, por regla general se estrella.- repliqué con brusquedad.

No estaba de humor para bromas, de modo que ni tan solo esperé terminar mi bebida y me marché a casa. Me dediqué a preparar los exámenes hasta que el cansancio me obligó a acostarme.

Desperté sobresaltado. Algo había invadido mis sueños. Tardé bastante en reconocer el timbre del portal. Ni qué decir que me levanté

decidido a enviar a cierto lugar al gamberro que molestaba a aquellas horas. Casi arranqué el auricular del portero electrónico cuando lo descolgué y pregunté enfadado. La respuesta llegó debilitada a causa del tránsito y me enojó todavía más.

- Soy Nico.

Esta vez sí comprendí y abrí la puerta. Corrí después a ponerme el batín y esperé a mi intempestivo visitante junto a la puerta. No tuve que aguardar demasiado tiempo. Apareció ante mí con una tímida sonrisa en los labios.

- ¿Puedo pasar?

Le invité con un gesto y me apoyé de espaldas en la puerta, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Poco a poco, Nico borró su sonrisa y agachó la cabeza.

- Sé que no son horas, Julián..., pero quería verte.

- Está bien. Pasa al comedor.

Me alegraba de tenerle allí, era cierto, pero eso no impedía que continuase irritado por su silencio de todos aquellos días, y las largas horas de preocupación que había pasado a causa de la noticia que me diera Maroto.

Nico se sentó en el tresillo y me miró fugazmente. Era consciente de mi enojo, y se sentía cohibido. Me regocijé al advertir que mi actitud le afectaba seriamente.

- ¿Y bien? – demandé en espera de una respuesta. No era justo, y lo sabía. Mas tampoco había sido justa su repentina desaparición.

Nico se removió inquieto.

- Siento haberte despertado... Si quieres, me voy... - aventuró mirándome fijamente.

Su vacilación me hizo sonreír. Eso..., y sus palabras. Muy despacio, como si no se atreviera por temor a algún tipo de castigo, comenzó a sonreírme y sacudió la cabeza, imitándome, al ver que yo negaba con un gesto.

- ¿No?

- No, Nico, no...- reí finalmente y me instalé a su lado.- ¿Cómo se te ha

ocurrido aparecer de pronto?

- Maroto te lo ha dicho, ¿no?

- Me comentó que tal vez no irías más por el bar. ¿Cómo te va?

- ¿Y te gusta? – me interesé sin esfuerzo.

- No está mal... Además... -se encogió de hombros y se reclinó en el sofá, con las manos bajo la nuca.

- ¿No lo sabes?- me extrañó su supuesta indiferencia.

Estaba convencido de que él podía ser cualquier cosa, menos indiferente.

- No acabo de adaptarme, Julián.

- Pero vives con un hombre, según me dijo...

- Sí. Se llama César. Es...- frunció el ceño, concentrándose en recordar.- Es industrial, creo. Es amable. Ronda los cincuenta. Pero no es atractivo. Tiene de todo, y me da dinero suficiente para que compre lo que necesite y me ha ofrecido un piso en la calle Rosellón. Es grande, con mucha luz.

- ¿Y tu madre?

Suspiró con cierto abatimiento y me miró de nuevo.

- Se lo he dicho... No le ha gustado, como puedes imaginar..., pero creo que ha entendido... Aunque no le he dicho que es un cliente… Solo que… le conocí, me gustó, le gusté… - narró sin mucho entusiasmo. - Mi hermana se ha enfadado mucho más. Incluso me dio una bofetada...

Le presioné ligeramente en el hombro, con la esperanza de poder infundirle ánimos.

- Tienes que comprenderlas, Nico. Para ellas es un golpe saber que su hijo, y su hermano, se dedica a ir con hombres. Todavía no está bien visto. Tal vez en un futuro… - dejé la frase en el aire. Las cosas, pese a los avances sociales, continuaban siendo duras para aquellos que quebrantaban los moldes establecidos.

- Lo sé. La bofetada me dolió más por ellas... Pero lo que más me daño me hizo, fue la comprensión de mi madre.

Guardé silencio. Prefería que hablase por sí mismo. Venía a mí porque yo le escuchaba, y no iba a defraudarle. Su sonrisa había desaparecido, sin embargo, estaba sereno. Si lloró en algún momento debido a lo sucedido, lo hizo a solas, como siempre parecía haber sido.

- ¿Te dijo algo?- le animé al verle vacilar.

- Me abrazó... Me rogó que la perdonase, Julián... ¡Yo!- exclamó sin elevar el tono.- Ha sido horrible... Se culpa a sí misma, y yo no sé..., no sé cómo hacerle entender que ella no tiene ninguna culpa. Las cosas han salido así... Ahora tenemos un techo donde cobijarnos, sin tenernos que preocupar que mañana nos vayan a echar a la calle... Podemos comprar ropa, medicinas... No nos falta de nada. Incluso Fátima puede ir a la guardería... No me arrepiento de lo que he hecho, Julián... Te lo prometo. No me gusta, pero, cuando veo que mi familia está bien, me siento feliz, y recobro los ánimos.- se humedeció los labios y titubeó un breve instante.- Sé que no me durará siempre. Ahora tengo veinte años... Tal vez me queden todavía cuatro o cinco para continuar con esto..., así que debo situarme antes de que ya sea tarde. Por eso he aceptado irme con César.

Sus ojos se encontraron con los míos. Percibí su serena tristeza, su tranquila resignación. Se inclinó hacia adelante y cogió el lápiz y el cuaderno de notas que yo había dejado olvidados sobre la mesa la noche antes.

- Le dije a mamá lo que pensaba hacer... Hacía tanto tiempo que no la veía llorar... Pero no me recriminó nada...

Mientras hablaba, el lápiz realizaba cortos trazos sobre el papel. Poco a poco comenzaron a formar un artístico dibujo.

- César... César quiere que deje de ir por el Maroto en busca de clientes, y que abandone la vida que he llevado hasta ahora...

Advirtió que le miraba fijamente y alzó la cabeza.

Una nueva preocupación me asaltó de pronto y tuve miedo por él.

- Espera, ¿quiere que lo dejes todo?- Remarqué aquel todo con la expresa intención de que lo advirtiera, como así ocurrió.

Nico sonrió y movió la cabeza despacio.

- No exige que olvide a los amigos... – explicó al comprender el trasfondo de mi pregunta.- Sólo me pidió que no buscase clientes. Que le fuese fiel... Dice que si nos llevamos bien, si nos entendemos y lo nuestro

resulta, se hará cargo de los gastos de los estudios que yo desee cursar, o me buscará un trabajo honrado...

El dibujo iba tomando forma a través de los rápidos trazos que Nico realizaba con expresión ausente. No me dio tiempo de ver de qué se trataba ya que arrancó la hoja y la arrugó entre los dedos en un arrebato de ira y la arrojó contra la pared frontal, donde golpeó con un tenue plof. Me resultó difícil no seguir su trayectoria, para no parecer que le amonestaba. Me había tomado por sorpresa, indudablemente. Pero no hallé motivo para protestar o reprenderle.

Se incorporó llevado por el mismo impulso y se aproximó al balcón. Ni siquiera abrió la puerta. Se limitó a contemplar la calle a través de los cristales. Entonces fue cuando comprendí realmente por qué estaba allí. No se trataba de una visita motivada por un simple capricho... Nico nunca hizo nada por capricho. Todos sus actos, todas sus decisiones quitarse la máscara, siempre encerraron poderosas razones. Nico necesitaba desahogarse, dejar a un lado el disfraz y, tal vez por primera vez en toda su corta vida, se atrevía a hacerlo.

- César es un futuro..., y quiero aprovecharlo antes de que sea tarde... No espero ser su amante toda la vida. – continuó hablando. Era tan evidente que necesitaba hallar razones para tomar la decisión que cambiaría su vida, a cambio de sacrificar su libertad actual. -
Sé que algún día se cansará de mí y entonces buscará a otro más joven... Pero, hasta ese día, no le defraudaré. Sólo... sólo espero tener tiempo suficiente para construirme un futuro más sólido...

Me acerqué a él por la espalda y le prendí de los hombros. El cristal nos reflejaba igual que si fuera un turbio espejo: yo, un hombre maduro; él, un muchacho que ni siquiera era algo mío... Aunque comenzaba a sentirle muy próximo, a formar parte de mi propia vida.

- Lo conseguirás, Nico.

Empezó a volverse, pero no terminó de hacerlo, sino que devolvió su mirada a la calle, a la noche...

- Julián...

- Dime.- musité todavía detrás de él.

- ¿Podré venir a verte si lo necesito?

Acaricié su cabello, y me di cuenta de lo fácil que era demostrarle un poco de ternura, sin sentir que con ello hiciera algo indebido.

- Por supuesto, Nico. Ven siempre que quieras.

En esa ocasión sí que giró entre mis brazos. Me hallé de pronto frente a unos hermosos ojos verdes que brillaban a causa de las lá lágrimas que amenazaban con derribar las barreras que las contenían.

- Julián..., por favor..., no me desprecies por lo que hago.

Era la segunda vez que veía lágrimas en sus ojos. Sentí un doloroso nudo en la garganta y le estreché con fuerza contra mi pecho. Nico se aferró a mí casi con desesperación y ocultó el rostro en mi hombro. Qué lejos estábamos los dos de imaginar que nos veríamos así una vez más..., y que esa próxima vez sería la última. Qué lejos estaba entonces el futuro, mi pobre Nico...

4

Nico dejó de frecuentar el Maroto y, en los quince días siguientes, no tuve noticias suyas. El pensamiento de que tal vez algo estuviera yéndole mal, se convirtió en obsesión. Durante la primera semana, creí volverme loco por la incertidumbre. Ni una llamada, ni una nota... Agradecí de todo corazón la llegada de las vacaciones y, con ellas, el final de las clases. Acudí al Maroto con mayor asiduidad, con la secreta esperanza de ver a Nico alguna noche. Transcurrió un mes así. En ese tiempo, mi primer libro salió al mercado con una modesta promoción y el segundo quedó arrinconado, convertido en un proyecto, en un montón de notas desordenadas. No conseguía concentrarme.

Era un domingo por la mañana, cuando el teléfono me hizo levantar de la cama mucho antes de lo que había planeado, y acudí al estudio de mala gana para contestar con voz somnolienta.

- Hola, Julián. ¿Cómo estás?

Reconocí su voz en el acto, y el sueño se esfumó en ese mismo instante.

- ¡Nico!

Le oí reír levemente y me sentí inundado de aliviada felicidad. Él parecía estar bien. Su risa era normal, sin que advirtiera en ella el menor indicio de que estuviera atravesando dificultades.

- ¿Dónde estás, muchacho?

- En casa. Me gustaría verte. ¿Haces algo?

- No... - estaba desconcertado. ¿Acaso no vivía con aquel tal César?

- No vivo lejos de tu casa. Estaré ahí en unos minutos. ¿Me esperas?

- Naturalmente. – respondí sin necesidad de pensar en ello.

- Salgo ahora.

Colgó sin darme tiempo a pensar siquera una despedida. De pronto recordé lo que acababa de decirme. Debía de vestirme aprisa o le tendría llamando a mi puerta antes de que me diera cuenta.

Antes de quince minutos, sonaba el timbre y no tardé en tener frente a mí a un chico de mirada alegre y radiante sonrisa. Llevaba el cabello un poco más corto que la última vez, pero no percibí ningún otro cambio notable. Le hice pasar sin ser capaz de pronunciar palabra alguna debido a la emoción que me invadía. Porfin, después de tanto tiempo de angustiosos temores, volvía a tenerle delante de mí.

Nico se detuvo en medio del comedor y me permitió que le contemplase, sin dejar de sonreírme

- ¿Dónde has estado?

- Salgamos por ahí, Julián. Hace un día estupendo. Te invito.

No me pasó desapercibido el modo en el que había evitado responder a mi pregunta. Hizo como si no hubiese oído, y no me gustó. Nico fingió no advertir mi preocupación, y me empujó hacia la puerta entre risas.

- Vamos, Julián. Vámonos.

Me dejé engañar por su entusiasmo y recogí las llaves del piso y del coche. Unos minutos más tarde íbamos por la Avenida Reina Cristina. Al llegar al cruce viré por la Avenida Rius y Taulet. Nico estuvo hablando desde que salimos de casa, explicándome con entusiasmo que César le había prometido comprarle un coche si lograba sacarse el carnet de conducir a la primera; que estuvieron mirando varias academias de dibujo para que pudiera estudiar cuando se iniciase el nuevo curso académico. César estaba contento con él, y hablaba de la temporada de invierno, ya que acostumbraba a ir cada año a esquiar a Pas de la Casa, y ese año alquilaría un apartamento y pagaría a un instructor de esquí para que le enseñase. Mientas hablaba, yo le escuchaba y sonreía, sin querer hacer estallar el hermoso globo de sueños que hacía flotar delante suyo.

Sin embargo, el silencio siguió a la profusión de explicaciones y Nico tan solo miraba a través de la ventanilla abierta mientras que, en la

radio, sonaba Sacrifice, de Elton John, en el número uno de Los 40 Principales, mientras iniciábamos el ascenso por la carretera de Montjuic y rodeábamos el parque de atracciones. Su semblante mostraba una expresión grave, y sus ojos tenían una mirada vacía que hablaba de pensamientos perdidos en algún lejano lugar. Afortunadamente no tuve que dar demasiadas para encontrar dónde estacionar.

Nico salió de pronto de su abstracción y me miró un tanto confuso, aunque me dedicó una tenue sonrisa.

- ¿Qué te parece caminar un rato?- le invité intentando devolverle el ánimo con el que apareció en casa.

Su sonrisa se hizo más amplia y abandonó rápidamente el auto. Le observé estirarse igual que un gato e inspirar profundamente mientras yo cerraba las puertas. Se volvió hacia mí con una alegre risa, como si nada le preocupase.

- Ya han terminado las clases, ¿verdad?- me preguntó al cabo de unos minutos de ir caminando en dirección al Mirador del Alcalde.

- Así es. Me esperan unas merecidas vacaciones.

- ¿Vas a ir a algún sitio?

- No lo sé. Tal vez acepte la invitación de un amigo que vive en Valencia, y me vaya a pasar unos días a su casa. - Nico asintió. - ¿Y tú qué vas a hacer?

- No lo sé. Depende de lo que César tenga planeado.

Ahí estaba lo que yo temía...: César. El hombre que se había adueñado de su vida. No hice ningún comentario, y Nico se detuvo. Le adelanté unos pasos antes de darme media vuelta. El chico me miraba con fijeza, de nuevo con aquella seria expresión en su semblante.

- Te estarás preguntando qué hago aquí, ¿verdad?

Asentí una sola vez. Nico se reunió conmigo y continuamos caminando por los jardines, aunque sin prestar la menor atención a la vegetación que nos rodeaba.

- César se ha ido a pasar el fin de semana con su familia a la torre que tiene en Llafranc..., y yo quería verte.

- Esperaba que me llamases.- comenté sin concederle mayor

importancia.

- He estado a punto de llamarte muchas veces..., pero debía conseguirlo yo solo.

- ¿Conseguir el qué?- me sorprendí.

- Acostumbrarme. César sólo viene a verme a ratos perdidos. La mayor parte del día la paso solo, o voy a casa de mi madre.

Aquello me hizo recordar algo.

- ¿Cómo lo lleva?

- Parece que mejor... Sufre, eso lo sé. Pero como ya no tengo que salir a "trabajar", lo acepta.

- ¿Y tu hermana?

- Lo mismo.

- Por cierto. Creo que la última vez que hablamos, nombraste alguien más. Dijiste algo referente a una guardería.

Nico se echó a reír. Le miré desconcertado, sin comprender el motivo de su hilaridad, mucho menos, cuando se trataba de algo a lo cual no había dejado de darle vueltas todo aquel tiempo.

- ¿Fátima? Es mi sobrina.

Su risa fue disminuyendo poco a poco, hasta no ser más que una dulce sonrisa en sus labios.

- Háblame de ella.

Nico me envolvió con una cálida mirada.

- Tiene dos años y es una cría preciosa y muy lista.

- La quieres mucho...

- Con locura.

Permaneció callado por unos instantes, como si meditase sobre algo muy importante. Paseábamos junto a unas palmeras y alzó la mano para tocar sus hojas alargadas. Después la introdujo en el bolsillo.

- Tampoco Nieves ha tenido mucha suerte...- comenzó a hablar de pronto. Percibía tristeza en su voz.- Conoció a un chico, y las cosas parecían irles bien, hasta que ella se quedó embarazada. Entonces él la dejó. Nieves no quiso abortar. Supongo...- suspiró pesadamente y se encogió de hombros, en un gesto que tenía más de resignación que de indiferencia.- Supongo que alguna vez empezarán a salirnos mejor las cosas.

Nico volvió a sumergirse en el silencio. El muchacho sufría por todos los suyos. De haberle sido posible, hubiese cargado con gusto con todas las tristezas y preocupaciones de su familia sólo para librarlas a ellas, a su madre y su hermana, de tantos problemas.

Hizo que nuestras miradas se encontrasen y forzó una sonrisa.

- No soy una compañía muy agradable, ¿verdad...?

- A mí me gusta.

Él me observó con recelo y, finalmente, al parecer resueltas sus dudas, movió la cabeza pensativo.

- No es justo... Cuando estoy contigo, me encuentro a gusto... y, sin embargo, siempre te abrumo con mis problemas. Cuando te llamé, quería que lo pasáramos bien. - señaló el cielo y abarcó con un gesto los jardines por los que paseábamos. - Mira que sol, y qué sitio tan hermoso... Es para sentirse feliz..., para poder reír y olvidar todas las preocupaciones...

Le sujeté por el brazo y le detuve. No soportaba ver cómo se atormentaba. Le miré con severidad, la misma que endureció levemente mis palabras.

- Nico, no tienes por qué aparentar lo que no sientes.

En sus ojos se agitó una intensa zozobra, intentó hablar, pero le interrumpí antes de que lo lograse y, esta vez, lo hice con más suavidad.

- Si vas a empezar ahora a fingir cuando estás conmigo, creeré que ya no confías en mí.

- No es eso, Julián.- rechazó rápidamente.- Es... Es que me duele ser así contigo. Siempre estoy contándote problemas... Siempre llorándote. En cambio, con César, todo es distinto. Puedo hablar y reír sin parar, como si todo fuera maravilloso..., cuando la verdad es que sólo estoy con él porque su dinero puede ayudarme a hacer algo útil con mi vida. Hablaba apresuradamente, como si deseara sacar todo lo que llevaba dentro y que le estaba haciendo daño. Sólo hizo una pequeña pausa para tomar aliento,

se detuvo para ello, y reanudó de nuevo la marcha. Había recogido una tierna vara del suelo, y se golpeaba con ella en la pierna mientras caminaba.

- César sabe que no estoy enamorado de él..., pero cree que me atrae. Sin embargo..., cuando me besa, o le beso yo..., tengo que vaciar mi mente de todo pensamiento, porque es la única manera de poder corresponderle. Normalmente me cuesta poco fingir sin que "ellos" se den cuenta. He tenido que aprender por fuerza... Pero no me engaño... Sé que me he rodeado de mentiras...

Le escuchaba con atención, interesado en cada una de sus palabras, intentando percibir ira o algo semejante. Todo era en vano. Nico no culpaba a nadie. Había escogido libremente, y aceptaba las consecuencias con admirable humildad.

- Miento a los clientes, haciéndoles creer que me gustan, que siento placer cuando estoy con ellos... Miento a Nieves y a mamá para que no sufran más de lo necesario... Incluso me miento a mí mismo, diciéndome que ya estoy acostumbrado y que gozo cuando hago el amor... Todo son mentiras y más mentiras para poder hacer soportable esta vida... - volvió la cabeza hacia mí y se humedeció los labios. - Pero contigo es distinto. Me inspiraste confianza desde el primer momento..., y no sólo por el préstamo que me hiciste.

- Eso está olvidado, Nico. – le atajé.

- Sí, de acuerdo. Pero no me conocías, y lo hiciste. No tenías ninguna obligación.- se paró y le imité. Él me miraba directamente.- ¿Recuerdas que viniste en mi ayuda esa misma noche?

- Sí. Me pareció que tenías dificultades.

- Más o menos. Felipe tenía dos clientes esperándole, y uno de ellos me quería a mí. Sé cosas de ese hombre que no me gustan. Me ha costado mucho alcanzar la categoría que ahora tengo..., y no voy a rebajarme sólo por unos billetes más.

Sonreí levemente sin poder evitarlo. No se trataba de vanidad, ni siquiera de orgullo..., solamente de la verdad. Lo que había conseguido, no había sido gratuito, sino a base de muchos esfuerzos y sacrificios.

- ¿Sabes para qué necesitaba aquel dinero?

- No hace falta que... Me interrumpió con un gesto, y comprendí que ese era su deseo. - Para comprar una silla de ruedas nueva para mi madre.

Hace años sufrió una embolia, y tiene el lado izquierdo paralizado...

- ¿Se la compraste?

- Sí. Sé que Maroto se pregunta cómo puedo ir siempre tan justo de pelas si tengo tantos clientes...

Asentí. No era algo que Maroto intentase ocultar.

- Lo guardo todo en una cartilla a nombre de mi madre y de mi hermana. Sólo me quedo con lo suficiente para ir tirando. Ahora, por supuesto, las cosas serán distintas...

Señalé el sendero que continuaba ante nosotros y reanudamos el paseo.

- Ya no podré ingresar tanto dinero...,- prosiguió hablando.- pero prácticamente tampoco tendré los mismos gastos.

- César lo paga todo. – apunté sin acusación en mi voz.

- Sí. El piso era de sus padres. Sólo hay que pagar los gastos corrientes... También me pasa una cantidad de dinero por si necesito algo.- jugueteó con la vara que todavía conservaba, y golpeó con ella una papelera al pasar por su lado.- En general se porta bien conmigo. No sería justo al quejarme de mi situación...

Saltó dos o tres escalones y esperó a que me reuniera con él. No, no se quejaba..., pero era evidente que tampoco era feliz.

Me observaba fijamente. Volvió a sacudir la vara contra el pantalón, produciendo un seco chasquido. Una mueca de dolor me indicó que, en esta ocasión, no había calculado bien su fuerza.

- Ten cuidado.- le advertí sin ocultar mi diversión. Sonrió más animado y se frotó la pierna mientras caminaba de nuevo a mi lado.

- Lo que quería decirte, Julián, era que me duele que, siempre que nos vemos, te molesto explicándote una montaña de problemas.

- En absoluto, Nico.

Me dirigió una agradecida mirada, pero su sonrisa fue todavía más explícita.

- De todos modos, Julián..., no lo mereces. Que pueda reír con gente que no me importa..., y que a ti, que eres mi amigo, que te quiero de veras...

Casi no oí el final de la frase, sorprendido a causa de la extraordinaria sencillez con la que había pronunciado aquel "te quiero". Le miré fijamente. Nico caminaba con la cabeza baja, pero nuestros ojos se encontraron y él sonrió con la dulzura que le caracterizaba.

- Te escandalizo...

Negué con energía. No, no me escandalizaba, pero me tenía asombrado y sin habla.

Me sujetó por el codo e hizo que me detuviera en mitad del sendero. La ternura que descubrí en sus ojos verdes me causó un agradable estremecimiento.

- Ojalá pudieras ser más que un amigo, Julián... Ojalá pudieras ser mi padre...

Le acaricié la mejilla, abrumado por la emoción que me embargaba, y le rodeé los hombros con el brazo, aproximándole a mí. Nunca existirá en el mundo mejor recompensa que aquellas palabras.

Hoy, al recordarlas, siento desgarrárseme el alma con un grito de impotencia. Ojalá hubiese correspondido mejor a su sueño. Me digo que tal vez pudiera haber hecho algo…, que tal vez entonces él todavía estaría aquí...

Te fallé, Nico... Perdóname.

Cuando comenzamos a sentir hambre, decidimos regresar al aparcamiento en busca del coche, y emprendimos el descenso en sentido inverso por donde habíamos subido. Tomamos después el desvío hacia la Plaza Carles Ibáñez, y seguimos por el Paseo de Miramar en dirección a la calle Nou de la Rambla. Durante todo ese tiempo, tanto Nico como yo permanecimos encerrados en nuestro propio silencio, absortos en nuestros pensamientos. Ni siquiera pusimos la radio. Nico se volvió de pronto hacia mí y señaló a través del parabrisas, frente a nosotros, donde ya se avistaba la Avenida del Paralelo.

- Sigue recto. ¿Sabes dónde está la calle Obradors?

Medité la respuesta un instante, sintiéndome intrigado. Nico volvió a señalar hacia delante.

- Sigue por esta calle, hasta llegar a Las Ramblas, y busca aparcamiento.

No sabía a dónde pretendía llevarme, ni conseguía adivinar su interés por aquella calle en concreto, pero intuía, eso sí, que pronto conocería la respuesta, y no estaba seguro de que me gustase. Nico me miraba de vez en cuando. Estaba inquieto, y parecía preocupado.

- ¿Conoces algún sitio a donde podamos ir a comer? – le pregunté llevado por la necesidad de acabar con su tensión.

El chico tardó más de lo normal en responderme y, antes de hacerlo, inspiró profundamente y dejó escapar el aire despacio, como si no deseara desprenderse de él. Sólo entonces me miró.

- Vamos a casa de mi madre.

Me sobresalté. Inspiré violentamente y se me olvidó expulsar después el aire de los pulmones. No recordé que debía hacerlo hasta que pareció que me iban a estallar. Estuve a punto de atropellar a un hombre, y sólo la rapidez de reflejos evitó el desastre cuando conseguir frenar a escasos centímetros de él. A mi lado, Nico tenía el rostro vuelto hacia la ventanilla, pero advertí que intentaba ocultar una sonrisa de diversión, aunque sin demasiado éxito.

Aparcar no resultó nada fácil. Tuve que dejar el auto más lejos de lo que esperaba, con lo cual, no nos quedó otro remedio que ir a pie hasta la calle Obradors, en realidad, un estrecho y gris callejón que nacía en la calle Escudellers. Entramos en un tétrico portal y subimos por las viejas, estrechas y desgastadas escaleras hasta el segundo piso.

- La casa es pequeña,- me informó, aunque sus palabras tuvieron cierto tono de disculpa.- pero lo vendían bien de precio..., y no quise desaprovechar la oportunidad.- pulsó el timbre un par de veces.- Espero poder comprar pronto otro en un barrio mejor.

Me disponía a hacer un comentario, cuando abrieron la puerta. Una bonita muchacha apareció bajo el marco, lanzó una exclamación de alegría y se precipitó entre sus brazos. Ambos rieron estrechamente entrelazados.

No pude evitar que acudiera a mi mente el recuerdo de lo que Nico dijo esa mañana de ella: no había tenido suerte. Y, viéndola, maldije su mala fortuna pues Nieves es una muchacha a la que la Naturaleza le ha proporcionado una figura maravillosa de suaves líneas, un rostro ovalado en el que destacan sus enormes y almendrados ojos castaños, y su cabello largo, hasta media espalda, es del mismo color de la miel. Se parece a su hermano en la forma de reír..., y en su mala fortuna. Podría tenerlo todo..., pero debe conformarse con lo mínimo, y sentirse feliz por

ello.

Cuando por fin se separaron, y Nieves reparó en mi presencia, la sonrisa se esfumó de su semblante y sus ojos me lanzaron una fulminante mirada.

- Usted es...

- Es Julián, Nieves.- la interrumpió Nico rápidamente.- Un buen amigo.

La muchacha se giró a él con el ceño fruncido. La felicidad había sido sustituida por el enojo.

- ¿Y por qué le has traído? – la velada acusación de su pregunta fue como la picadura de una avista para el muchacho.

Nico movió la cabeza con pesar. Advertí su confusión y deseé poder ayudarle, aunque lo pensé mejor, y consideré que mi intervención sólo empeoraría las cosas, de modo que decidí esperar y ver cómo las solventaba él.

- No, Nieves... No es de ese tipo. No le hubiese traído de serlo. Es un amigo de verdad. Nieves vaciló. No la había convencido, eso se veía claramente. Ella me observó desafiante. Estaba muy bonita con sus tejanos y la camiseta de manga corta de color pistacho. Nico posó la mano en su hombro y recuperó su atención por un breve instante.

- Nieves, por favor... Te prometo que él es distinto...

- ¿Por qué le has traído? ¿Por qué hoy, Nico?

- ¿Y qué más da hoy que otro día? Le recibirás del mismo modo.- añadió terriblemente dolido.

Nieves se apiadó al ver la tristeza que se reflejaba en el rostro de su hermano, y le abrazó de nuevo.

- Perdóname... Te creo. Te creo, Nico...- se volvió hacia mí sin saber qué decirme, vacilante todavía entre la desconfianza y el deseo de satisfacer a su hermano.

Nico se separó y la miró a los ojos.

- Nieves, él es Julián. Mi amigo. – remarcó para dejar clara esa posición. - Un buen amigo. En verdad, es el único que tengo.

- Esta bien, entrad. Pero...

Nico ladeó la cabeza y me miró preocupado. Su expresión era grave. Comprendí que sin el permiso de Nieves, no sería recibido.

- ¿"Pero" qué? ¿Qué pasa, di? – se encaró crispado. - ¿Acaso es demasiado viejo, viste demasiado bien para que entre en casa...? – siguió elevando su voz una octava más con cada palabra, con cada pregunta.

No era sólo la resistencia de Nieves a admitirme en su casa, sino su desaprobación y, con ella, la forma inconsciente en la que le reprochaba su modo de vida. Probablemente, sólo intentaba protegerle a él, a su madre e incluso a sí misma, pero con ello, sin percatarse de ello, únicamente lograba herirle.

- Nico, no es eso... Es que tenemos visita y...

- ¿Y qué? ¿Acaso él es un bicho raro?

- Nico, por favor...- musitó angustiada.

- Nieves, ¿no quieres entenderlo? ¡Es amigo mío...!

- ¿Qué es lo que está pasando?

Me sobresalté al oír la extraña y distorsionada voz. Al volverme, vi en la puerta a una mujer en una silla de ruedas. Una extraña mueca deformaba su rostro surcado de profundas arrugas, y recordé de pronto que Nico me había dicho que su madre estaba paralítica a causa de una embolia. A pesar de todo, reconocí sus ojos verdes. Los dos muchachos agacharon la cabeza avergonzados y ella me miró. Pese a la crispación del lado derecho de su rostro que le impedía vocalizar debidamente, la mujer no había perdido su autoridad sobre ellos.

- ¿Alguien va a explicarme lo que pasa?- exigió la mujer- ¿Nico?

El muchacho me miró de nuevo, para volverse luego a su hermana. Nieves se reunió con su madre y recuperó parte de su confianza.

- Mamá, Nico ha traído a ese hombre... Intentaba convencerle para que vinieran otro día.

La mujer golpeó con energía el brazo metálico de su silla.

- ¿Desde cuándo tiene tu hermano prohibido venir a casa siempre que

quiera y con quien quiera?

- Pero, mamá, está Pedro, y...

- Es tu hermano, Nieves. - la interrumpió con firmeza.- Vete con Pedro y con la niña. No está bien que les dejes solos.

Nieves entró en la casa sin oponer ninguna objeción. Nico seguía sin moverse del sitio, junto a mí, cabizbajo y con las manos en la espalda. Una mirada me bastó para ver sus puños cerrados por la rabia y un dolor que no tenía nada de físico. Noté cómo era examinado por la atenta mirada de su madre, sentía que me traspasaba el alma, pero aguanté su inspección aunque los nervios estaban destrozándome por dentro. Por fin Nico se aproximó a su madre, la besó en las mejillas e intercambió unas palabras con ella. Teresa asintió despacio.

- Le ruego que perdone a mi hija, señor Julián. Pase, por favor.

Así de sencillo entré por primera vez en el hogar de Nico y ocupé un puesto en la mesa, como uno más de la familia. De todos modos, Nieves continuó mostrándose distante con su hermano, y en muy pocas ocasiones se dignó a dirigirme alguna que otra palabra. Su madre, por el contrario, resultó una magnífica anfitriona.

Teresa, es una mujer curtida por años de sufrimientos, resignada a su desdicha, pero cariñosa y afable. La pequeña Fátima es una chiquilla preciosa, traviesa, curiosa y terriblemente inquieta de negro cabello. Al parecer, herencia del padre. Conocí a Pedro, un muchacho agradable y de buena presencia que salía con Nieves, aunque Nico no lo sabría hasta esa misma tarde. Su cálido carácter pronto se ganó las simpatías del amigo de Nieves, y su charla resultó amenizada con frecuencia por alegres risas. Al mismo tiempo, atendía todas y cada una de las llamadas de Fátima, sentada entre Nieves y él, y se mostraba solícito con su madre. Se repartía entre todos e, incluso yo obtuve alguna de sus sonrisas.

Durante los postres, Pedro consultó con Nieves los planes para esa tarde. Nico, que conversaba conmigo y con su madre en esos momentos, se interrumpió al escuchar la respuesta de su hermana.

- Nieves, ya recogeré yo todo, no te preocupes.

La muchacha vaciló. Finalmente se levantó y le abrazó por la espalda.

- ¿No es adorable?

Nico intentó liberarse entre risas de los brazos que ceñían su cuello, y la apartó con un suave empujón para escapar de sus cosquillas y

pellizcos. Ambos habían olvidado ya su enfado. Poco más tarde, Nieves y Pedro marchaban, llevándose a la niña con ellos, y Nico comenzó a recoger la mesa. Al quedar a solas, la madre de Nico se encerró en sí misma durante unos interminables minutos.

Desde donde me encontraba, podía ver a Nico trasteando con la vajilla, sin ser consciente de que sonreía al verle concentrado en su tarea. Su madre me había estado observando sin que yo lo advirtiera, y su frente se llenó de profundas arrugas. Percibí la súbita tensión que se produjo en el pequeño comedor, y comprendí el motivo sin necesidad de hacer demasiadas conjeturas.

- Imagino que puede parecer otra cosa, pero le aseguro que aprecio a su hijo como si fuese mío.

La mujer penetró en mí con su mirada y, de algún modo, descubrió lo que buscaba y esbozó una torpe sonrisa.

- Es fácil dudar de todo el mundo cuando se tiene tanto miedo...

- La entiendo perfectamente.- le sonreí tranquilizador.

- No puede imaginarse lo triste que es, ni cuánto sufro día y noche sólo con saber que mi hijo se tiene que dedicarse a...

Se interrumpió incapaz de proseguir. Sólo pensar en ello, ya la hería profundamente. Aquello tenía que ser para ella una espina envenenada que se le clavaba cada vez más. Cubrí su mano con la mía. Tenía los ojos anegados de lágrimas.

- Yo tengo la culpa, señor Julián... Si hubiera podido trabajar... No sé leer, ni escribir, pero no me hubiera importado hacer faenas... Pero, míreme. Ni siquiera puedo hacer mis cosas si mis hijos no me ayudan...

Le palmeé la mano sin saber qué decir, y dirigí una intranquila mirada a la cocina, donde el chico continuaba fregando, ajeno a lo que ocurría a su espalda... Al menos, en apariencia. Presentía que no estaba tan distraído como pretendía hacernos creer.

- Cuando le pido que lo deje..., y que busque un trabajo, ¿sabe lo que me responde? - negué, aunque estaba convencido de conocer la respuesta.- Que lo hará pronto... Pero no lo hace.

- Confíe en él, Teresa. Puedo asegurarle que no se lo dice sólo para tranquilizarla.

Su pálido semblante se iluminó esperanzado.

- ¿Lo cree de veras?

- Se lo prometo. Es más, intentaré ayudarle para que pueda ser antes de lo que él mismo espera.

No sabía cómo cumplir mi promesa, pero estaba dispuesto a remover cielo y tierra si era preciso. Teresa apretó, agradecida, mi mano, y se secó las lágrimas que nublaban su visión.

- Gracias, señor Julián...

- Venga, Teresa, tranquilícese. No querrá que su hijo la vea llorar.

- ¡Ay, no, Dios mío...! - musitó alarmada por semejante posibilidad.- Pobre hijo mío... Bastante tiene él... - suspiró pesadamente y me miró con infinita tristeza.- Cuando me dijo lo que hacía..., lloraba igual que un niño... Se me partía el alma verle así...

Oí cómo el agua dejaba de correr y sonreí una vez más a la mujer.

- Las cosas se arreglarán.

Nico no tardó en reunirse con nosotros. La besó en la mejilla y se sentó a su lado.

- Ya he terminado. ¿Quieres que te traiga algo, mamá?

- No, cariño.

- Mamá, yo... quería decirte algo...

Ella asintió. Le contemplaba con extraordinaria ternura, y el chico me miró vacilante, suplicándome que le ayudase. Pero yo no sabía qué pretendía y sólo pude sostener su mirada con total confianza en él.

- Mamá, César... tal vez marche unos días a Francia..., y quiere que le acompañe. Teresa se volvió hacia mí preocupada. Había captado el significado en toda su dimensión. Al observar mi silencio, devolvió su atención al muchacho.

- ¿Tienes que ir...?

Nico se encogió de hombros.

- Debería... Tú lo entiendes, ¿verdad, Julián?

No me había comentado nada al respecto esa mañana, pero comprendía sus razones y asentí. Aquel simple gesto consiguió que sus músculos se relajasen visiblemente.

- ¿Cuánto tiempo estarás fuera?- le pregunté con franco interés.

Teresa aguardó ansiosa su respuesta, reflejada una terrible angustia en su semblante marchito.

- Una semana. Va debido a unos negocios, pero...

- Sí, claro.- le interrumpí con el único fin de evitarles a ambos las dolorosas explicaciones.

- ¿Me llamarás?- dijo ella con anhelo.- Le pediré el número de teléfono a la señora Rosalía y...

Decidí intervenir ante la confusión que leí en el rostro de Nico. La idea no le resultaba nada agradable.

- Nico, puedes llamar a casa. Yo mismo le comunicaré a tu madre lo que quieras que le diga.

La mujer casi botó de alegría, y me hubiese abrazado de haberle resultado posible. Nico, sin embargo, no se movió del sitio, pero me bastó con ver la amplia sonrisa con la que recibió mi propuesta. Una pequeña y ensordecedora alarma se disparó de pronto dentro de mi cabeza. Me estaba ligando en exceso a aquel muchacho, y empezaba a perder mi objetividad. Pero nada de eso me importó. Estaba completamente convencido de que jamás tendría que arrepentirme. Una vez lo acepté, la alarma enmudeció y desapareció la desagradable sensación de compromiso.

Marcharíamos unas horas más tarde. Nico me envolvió con una de sus cálidas miradas cuando subimos al coche, aunque preferí fingir no haberme percatado. Puse el motor en marcha y conecté la radio. Nico suspiró profundamente al ver la hora en el reloj. Eran más de las diez.

- ¿A dónde quieres ir?

- ¿Puedes llevarme a casa de César? No realicé comentario alguno. La pronunciación de ese nombre fue suficiente para deshacer el encanto de lo que casi había sido un día perfecto.

Aparqué sobre el bordillo de la acera, frente al portal donde César tenía el piso. Nico no hizo el menor movimiento, remiso a bajar del

auto.

- ¿Quieres venir a mi casa? – propuse al advertir su renuencia a moverse.

Movió la cabeza despacio en sentido afirmativo, y comencé a maniobrar para marchar de allí. Nico, sin embargo, posó la mano sobre el volante e impidió que continuase. No intenté ocultar mi desconcierto por aquella incomprensible acción.

- ¿Qué haces, Nico?

Tardó más de lo normal en responder. De hecho, tardó tanto, que empecé a pensar que no lo haría nunca. Por mi parte, le observaba fijamente, sin alcanzar a comprender su actitud.

- Es mejor que me quede.- musitó al fin.

- Nico, tú no quieres quedarte.

- No.- respondió en un débil susurro. Inmediatamente pareció arrepentirse de la confesión que acababa de hacer, y se mordió el labio mientras prefería mantener la mirada clavada en el salpicadero antes que atreverse a afrontar la mía. Yo estaba completamente desconcertado por su inexplicable contradicción.

- Querer y deber..., no son lo mismo, Julián.- me explicaría muy despacio, tras unos interminables segundos mientras movía la cabeza de modo casi imperceptible.- Y yo... debo hacer muchas cosas que no quisiera tener que hacer...

Me dirigió una breve mirada antes de bajar del coche y cerrar la portezuela sin añadir nada más. Salí rápidamente y le llamé. No podía soportar la idea de verle marchar de esa forma, sin una palabra, sin saber cuándo ni cómo volvería a tener noticias suyas.

Nico no quiso atender mis llamadas hasta que llegó al portal y hubo abierto la puerta. Sólo entonces giró y esbozó una melancólica sonrisa. Después, entró y dejó que la puerta se cerrase tras él. Por alguna inexplicable razón, no pude seguirle. Me producía cierto temor cruzar la línea divisoria que constituía aquel umbral.

No me consideraba autorizado a atravesarla... todavía.

Tres días más tarde, recibí una llamada desde Orly, Francia. Era de Nico. No estaba muy hablador, y se limitó a pedirme que le transmitiera sus saludos a su familia, y a responder brevemente a mis escasas preguntas. Aun así, antes de colgar, me aseguró que deseaba poder regresar pronto.

Me dejó muy preocupado. Si debía tenerse en cuenta que, junto a César, a él no le faltaba nada y que, aquel viaje podía ser considerado como unas vacaciones, no era natural la tristeza que pude percibir en su voz, ni sus deseos de volver rápidamente a España.

La semana inicial se convirtió en una estancia de quince días. Durante ese tiempo, Nico telefoneó con cierta frecuencia. No hablamos demasiado, aunque pude apreciar que en ocasiones estaba algo más animado. A pesar de todo, procuraba no hacer preguntas, en tanto que él solía mostrarse evasivo.

Recuerdo, muy especialmente, aquella tarde en la que sonó el teléfono en el preciso instante en el que me disponía a salir. Unos amigos me habían invitado a cenar en su casa, y planeaba pasar una agradable velada junto a ellos. Se trataba de Nico. Si en anteriores ocasiones se mostró escueto en su conversación, en ésta lo fue todavía más. Se limitó a un simple: "Julián, soy Nico. Por favor, dile a mamá que me quedo más días". No hubo ninguna explicación, ninguna despedida. No sabía si sentirme inquieto o molesto. De todos modos, decidí pasar un momento a visitar a la madre del muchacho.

Nieves todavía desaprobaba mi amistad con su hermano. Lo demostraba con su forma de mirarme, con su distante modo de tratarme, tan opuesto al de su madre. Teresa, por el contrario, me recibió con su acostumbrada amabilidad, y acogió la noticia de su hijo igual que en anteriores visitas: con serena resignación.

- ¿Cómo está él?- me preguntaría después de un largo silencio.

No supe qué responderle. Ella me observaba con ansiosa atención.

- También usted está preocupado, ¿no es cierto?

- ¿Por qué lo dice?- me sorprendí por su penetración.

- Usted aprecia a mi hijo.

- Sí, es cierto. Pero el chico sabe cuidarse.

Nieves salía en ese momento de su habitación, se apoyó en el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho, y me traspasó con una gélida mirada.

- Me pregunto cómo mide usted ese supuesto "afecto" que dice sentir hacia mi hermano.

Teresa se volvió a ella, alarmada por el veneno que destilaban sus palabras. Nieves, sin embargo, no dijo nada. Se limitaba a mirarme con tozuda fijeza. Me agité incómodo en la silla, asaltado por un súbito deseo de marchar de allí. Aquella mujer conseguía ponerme nervioso con su obstinada desconfianza y su hiriente forma de hablar. - No creo que tú puedas entenderlo.- la tuteé sin vacilaciones, decidido a no dejarme vencer por una jovencita resentida.- Lo que siento por tu hermano es limpio y desinteresado. Es casi como lo que tú puedes sentir hacia tu hija.

Nieves se apartó de la puerta y avanzó hacia mí. Me recordó a una pantera por su sinuoso caminar. Me señaló blandiendo su índice ante mí igual que si fuese una peligrosa arma.

- ¡Ajá! "Casi". – dijo acusadora.

- He dicho "casi", para que no pareciera una exageración.- me defendí exasperado. Tenía que realizar un gran esfuerzo para controlarme y no alzar la voz.

- ¿Y tengo que creérmelo?- rebatió con incisiva y ácida ironía.- Usted piensa que puede engañarnos, ocultando sus verdaderas y sucias pretensiones tras una falsa y platónica amistad.

Teresa intentó acallarla, pero Nieves esquivó su mano y se plantó frente a mí con fuego en sus ojos y sus lindas facciones crispadas por la ira y el desprecio.

- La verdad es que le molesta no poder competir con ese hombre con quien vive mi hermano. Por eso intenta conquistarnos a mi madre y a mí. Pero no lo va a conseguir. Le he descubierto. Y ya puede olvidarse de Nico, porque no dejará a ese hombre por usted tan fácilmente.

- Nieves, por favor... - suplicó Teresa.

Me incorporé, hastiado ya de tantas sandeces; asqueado por su egoísmo, e incapaz de continuar luchando por más tiempo contra el deseo de abofetear su bonita cara. Su retorcida mente era incapaz de comprender la verdad; confundía y deformaba las cosas a su capricho, ensuciando indignamente algo hermoso de lo que me sentía muy

orgulloso. - Discúlpeme, Teresa, debo irme.

Ella asintió, abrumada por la vergüenza que le producía la inexcusable actitud de su hija.

- Sí, márchese.- escupió Nieves, insatisfecha todavía con lo que ya había dicho.- Y no vuelva nunca más. En esta casa no son bien recibidos los maricones como usted.

Teresa la reprendió escandalizada, y poco me faltó para cerrarle la boca a aquella pequeña serpiente de un revés. No quise permanecer ni un segundo más en esa casa y marché de inmediato, tan furioso e indignado, que me prometí solemnemente no regresar jamás.

6

Acababa de meterme en la bañera con la intención de darme una ducha, cuando sonó el timbre de la puerta. Me puse el albornoz y acudí a abrir. No me sorprendió lo más mínimo descubrir la identidad de mi visitante, aunque sí me causó una gran alegría.

Nico vestía de nuevo aquella camiseta sin mangas Que tanto le favorecía, y los mismos tejanos de la primera vez. Le invité a pasar, cerré tras él y me metí las manos en los bolsillos de la bata mientras Nico me examinaba de pies a cabeza y sonreía divertido, en tanto que yo me sentía cada vez más ridículo dentro de mi albornoz de color verde botella, y terriblemente incómodo a causa de mi desnudez.

- Nico, hazme el favor de no mirarme así. Me haces sentir igual que un asado antes de ser devorado.

El muchacho lanzó una festiva carcajada y se me aproximó. Entrecerré los párpados, intrigado por sus intenciones. Sus ojos verdes tenían un brillo que, al mismo tiempo que me satisfacía enormemente, me confundía de un modo nada tranquilizador.

- No he podido evitarlo.- rió jovial.- Es la primera vez que te veo así y... Bueno, me ha sorprendido un poco verte en tan buena forma.

Me relajé. El peligro, cualquiera que éste pudiera haber sido, había desaparecido. Aunque no la incomodidad. No era muy frecuente que un jovencito me piropease. Me crucé de brazos y le examiné a mi vez, decidido a no ser el único que jugase a ser el "gato".

- En cambio, a mí me asombra comprobar que tu viaje a Francia no te ha hecho perder la línea.

El muchacho me miró boquiabierto. De pronto se echó a reír, y me uní a su hilaridad, gratamente sorprendido por su inusual alegría. Le prendí por el codo y le empujé con suave firmeza hacia el comedor.

- Anda, espérame. Voy a terminar de ducharme y me reúno contigo en un momento.

- Si quieres, puedo acompañarte.

Me volví hacia él. Notaba mi rostro enrojecido hasta las orejas, en tanto que Nico me sonreía con maliciosa picardía y, sin poder contenerme, le di un amistoso manotazo en la nuca.

- Creo que voy a tener que darte una ducha fría, jovencito.

Se apartó de mi lado riendo feliz. Antes de entrar en el cuarto de baño me detuve junto a la puerta.

- Sírvete lo que quieras. Pero procura no excederte. Creo que hoy no lo necesitas.

Escuché su alegre respuesta: una chispeante risilla que me hizo sonreír. Me gustaba su risa, aunque no era capaz de imaginar a qué podía deberse tanta algazara y sus pícaras bromas.

Me metí en la bañera sin que ni siquiera se me pasase por la cabeza correr el cerrojo. Llevaba un par de minutos bajo la ducha, todavía me estaba enjabonando, cuando me pareció oír que llamaban a la puerta. Inmediatamente la voz de Nico confirmó mi impresión.

- ¿Julián? Julián, ¿puedo quedarme esta noche contigo?

Quedé paralizado. No estaba seguro de haber escuchado bien.

- ¡Espera un momento! ¡Salgo enseguida!

El primer pensamiento que pasó por mi mente fue: "ahí vuelven los problemas". A los pocos minutos, salí secándome el cabello. Nico estaba apoyado en la pared de enfrente. Se acercó de inmediato y me cogió la toalla de las manos.

- Deja que lo haga yo.

Acepté con un ligero asentimiento y fuimos al comedor. Me acomodé en el sillón, y Nico se situó a mi espalda y comenzó a frotarme la

cabeza con la toalla.

- Oye, Nico, ¿qué és eso de querer pasar la noche aquí?

- Sólo eso.- respondió tranquilo.- César sigue en Orly, y no me apetece quedarme solo en el piso.

No percibí ningún tipo de preocupación en su voz, ni tampoco ninguna otra señal que me hiciera sentir que ocurriese algo malo. Por otra parte, el chico parecía estar contento...

- ¿Has venido solo?

Posiblemente me preocupaba en exceso, pero no podía evitarlo. Era superior a mis fuerzas. Sólo dos días antes, me había comunicado que se alargaría de nuevo su estancia en Francia.

- No tenía otro remedio.- hizo una breve pausa durante la cual se sentó a mi lado en el brazo del sillón. - Su mujer telefoneó al hotel para decir que llegaría esta noche, de modo que cogí el primer vuelo a Barcelona.

Me instalé mejor y le observé en busca de algo sospechoso. Sin embargo, para mi mayor sorpresa, me encontré con un brillo burlón y divertido en sus ojos y una simpática sonrisa en los labios.

Le miré cada vez más extrañado por su desenfadada actitud.

- ¿Cómo te van las cosas?

Nico alzó una ceja, desconcertado por el giro que acababa de dar a la conversación.

- Bien.

- ¿"Bien" de que van BIEN, o "bien", por decir algo?

Se le escapó una espontánea carcajada y yo no pude por menos que sonreírme, sintiendo cómo se disipaban todas mis preocupaciones.

- "Bien" de bien, Julián.- respondió sin perder su jovialidad.- Lo que sucede es que su mujer no sabe que él lleva una doble vida con...

- Con un guapo jovencito de veinte años.- me adelanté a él y mi comentario provocó una graciosa expresión de total desconcierto en su semblante.

Ambos reíamos unidos por una cálida corriente de aprecio mutuo. Nico rió quedo, mientras enrollaba la toalla alrededor de su mano. Se

levantó y me atacó con la toalla. Me golpeó con ella en el pecho y yo conseguí aferrar el extremo, impidiendo de ese modo una nueva agresión.

Me bastó tirar de la punta que tenía en la mano, para conseguir arrebatársela... y atraerle a él hacia mí, aunque no había sido éste mi objetivo. El chico cayó, literalmente, sobre mí. El corazón me dio un súbito vuelco, y mis antiguos temores renacieron violentamente al encontrarme de pronto con Nico entre mis brazos. No obstante, Nico reía alegremente, medio sentado en mis rodillas. Perdí mi hilaridad. Tenía miedo de que pensara que lo había hecho con la intención de obtener algo más de él; algo que cambiaría por completo nuestra amistad.

Sin embargo había olvidado que Nico poseía una desarrollada sensibilidad que le capacitaba para ver a través mío y adivinar todas mis dudas. Su risa se apagó, transformada en una tenue sonrisa en la que percibí una sombra de tristeza.

En ningún momento había intentado levantarse, tranquilo y confiado en mis brazos, pero entonces lo hizo. Me maldije enfurecido y me apresuré a prenderle de la mano para retenerle. Me encontré con sus ojos verdes y una amistosa, aunque apagada sonrisa.

- No digas nada, Julián. No tiene importancia.

La tenía. Claro que la tenía. Me levanté para estar a su misma altura y apoyé las manos en sus hombros.

- Nico...

- Lo sé. Ha sido un accidente. Sé que tú no me deseas.

Resultaba terriblemente doloroso escuchar ese reconocimiento. Era un modo cruel y retorcido de recordarle su profesión y de constatar que siempre flotaba entre nosotros... – corrijo, en mí, - el miedo de verme seducido por su indudable atractivo. Estoy convencido de mis sentimientos hacia ese muchacho. Sé, como lo sabía entonces, que le veía como a un hijo..., cuando no me asaltaban las traicioneras dudas.

Aquella tarde, no sé por qué motivo, tal vez se debiera a su inusual alegría, la posibilidad de que intentase seducirme para vengarse del doble juego de César, se había infiltrado en mi ánimo igual que una venenosa serpiente. Y en esa ocasión, advertía el daño que le causaban mis temores.

- No, Nico. No es eso. Soy un asqueroso cabrón por haber pensado algo

así.

- Así es.- confirmó con amarga brusquedad al tiempo que se liberaba del contacto de mis manos.- Siempre ves algo sucio entre nosotros. ¿Cuándo te darás cuenta de que no busco irme a la cama contigo, Julián?

Mis palabras habían hurgado una vez más en la herida cuando él no estaba preparado para ello.

- Lo lamento, Nico... - musité contrito, arrepentido hasta las entrañas de mi estúpida reacción.

Me quemó la mirada de sus verdes pupilas, el dolor y la rabia que en ellas se agitaban. Por primera vez Le veía realmente furioso. Y era por mi culpa. A causa de mi inseguridad.

- Si lo que lamentas, es no follarme, eso tiene fácil arreglo. – me espetó.- ¡Ni siquiera te cobraré por eso!

No comprendo cómo sucedió. De pronto le abofeteé con tal energía que Nico cayó de espaldas sobre el tresillo. Desde allí me miró con los ojos brillantes, mientras se cubría la mejilla en la que le había golpeado. Al darme cuenta de lo que acababa de hacer corrí a su lado. Nico intentó apartarse, pero no se lo consentí.

- Perdóname, Nico...

- No importa. No volveré a molestarte.

Le hice daño al retenerle a mi lado. Lo vi en la mueca que intentó ocultar sin conseguirlo, en el modo de evitar mi mirada. Lo estaba empeorando todo, pero si le dejaba marchar, hubiese sido lo mismo que abandonarle. Nico acudía a mí en busca de amistad, y ya le había traicionado en una ocasión hacía tan sólo unos instantes. No estaba dispuesto a continuar fallándole.

- Sí que tiene importancia. Y mucha. - le hablé tajante, hice uso de mi autoridad como adulto, sin admitir la menor oposición.- Y tú tienes toda la razón al enfurecerte contigo. Le cogí la barbilla para que me mirase, sin importarme la intimidad implicada en aquel gesto.

- Dime, ¿tú quieres acostarte conmigo? Quiero que me digas la verdad.- Nico movió la cabeza despacio. Había lágrimas en sus ojos, pero yo sabía que no lloraría. - Bien, porque te aprecio muchísimo, pero no como a un futuro amante. Te quiero como eres, y mentiría si digo que no me importa lo que haces. Porque lo cierto es que me preocupa. Y mucho.- él intentó hablar, sin embargo, no se lo permití. Por una vez, era yo quien debía dar las explicaciones. - Han habido veces en las que no he podido evitar sentir

miedo. Después de todo, soy un hombre educado a la antigua usanza, cuando todo era tabú y estaba prohibido; cuando un hombre debía ir con una mujer, o no era hombre. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

Nico asintió. Se mordía los labios, y le pasé el pulgar por ellos para que dejase de hacerlo. El chico alzó la mirada sorprendido, y le sonreí al comprender la razón. Continué hablándole. No recuerdo qué más le dije, ni durante cuánto tiempo. Eso carece de importancia ahora, lo mismo que careció de ella entonces. Lo vital era que él entendiera, y que yo me liberase de mis estúpidos miedos.

Nico se quedó a cenar, una vez expuestos mis sentimientos, y eliminadas escasas barreras existentes. Habló sobre todo cuanto había hecho en Orly, recobrada su anterior alegría. Finalmente resumió la experiencia con un conciso resumen de aquellos días: mortalmente aburrido.

El caso había sido que César tenía sus continuas reuniones de negocios, y únicamente le veía por las noches, siempre y cuando no tuviera ninguna cita para cenar. Es decir, se veían poco, y Nico pronto se cansó de vagar por las calles de una ciudad en la que el idioma, por demás, le era ajeno. Por ello, la llamada telefónica de la esposa del industrial, avisándole de su inminente llegada, fue para Nico una bendición, su oportunidad de escapar de aquella situación sin enturbiar sus relaciones. Pude apreciar que los sentimientos de Nico hacia César no eran distintos del día en el que me comunicó que se iría a vivir con él.

Eso me apenó. Las cosas podían haberle resultado mucho más sencillas de sentirse, al menos, mínimamente atraído por aquel hombre. No ya sólo por la vida junto a él, sino en favor de su propia autoestima. Nico sentía que se había "vendido" y, aunque él fingiera no importarle, como una forma de protegerse a sí mismo, no conseguía desprenderse de aquel sentimiento. Como si adivinase mis propios pensamientos me obsequió con una sonrisa.

- Es tarde, Julián, acuéstate ya. Yo mismo me prepararé la cama. - habló en un cálido murmullo y adiviné que, a pesar de todo, no deseaba quedarse solo.

Yo no sentía sueño y, de cualquier modo, no pensaba dejarle así. Estaba seguro de que, en cualquier momento, necesitaría desahogar su soledad, y por nada del mundo podía permitir que lo hiciese llorando con el único consuelo de una vieja almohada.

7

El día siguiente me reservaba grandes sorpresas y sobresaltos. La jornada se inició con un par de largos y ensordecedores timbrazos que

me arrancaron de mi sueño, y me hicieron sentar en la cama casi sin resuello. Antes de que consiguiera orientarme, oí que abrían la puerta.

Primer sobresalto y primera sorpresa: Nico seguía en el piso. No había marchado como hiciera la primera vez. Intrigado, me puse precipitadamente el batín sobre el pijama y salí descalzo. En esos momentos alguien le estaba preguntando quién era de forma bastante desagradable. Reconocí la voz en el acto. Jesús, mi hijo.

- Pasa si vas a hacerlo. – rezongué poniendo fin a su impertinencia.

Nico volvió la cabeza al escucharme, y sonreí tranquilizador al ver su desconcierto.

- Jesús, él es Nico. Nico..., éste es mi hijo.

También Jesús demostró cierto interés por mi invitado. Le observó de pies a cabeza al pasar junto a él y acercarse para saludarme.

Jesús tiene quince años, es casi tan alto como yo, aunque físicamente se parece a su madre: delgado, rubio, con los pómulos algo salientes y nariz afilada como el pico de un cuervo. También ha heredado su extraordinaria agilidad de pensamiento a la hora de realizar extrañas y malignas conjeturas. Esa mañana no fue distinto.

- ¿Quién es y qué hace aquí, papá?

- Estoy en su clase.- se apresuró Nico a intervenir.- Llevo bastante mal su asignatura y estuvimos repasando hasta muy tarde.

Me dejó boquiabierto por la facilidad y la increíble naturalidad con la que mintió. Incluso Jesús se la creyó en un primer momento, según pude apreciar por el gesto de desagrado que compusieron sus facciones. Es lamentable para un padre, que además sea profesor, comprobar que sus hijos consideran su asignatura como algo horrible.

- Te acompaño en el sentimiento, tío.

Es su frase favorita. Le propuse que esperase en el estudio mientras yo iba a vestirme, y a Nico le pedí que preparase el desayuno.

- Estaba en ello cuando llegó tu hijo.

Su sonrisa fue encantadora, y eso me hizo recordar algo, aunque decidí dejarlo para después. A mi regreso, me encontré con Jesús en la cocina, buscando sus dulces preferidos. Le indiqué el lugar en el que los

guardaba y salí al comedor.

Todo estaba en orden. Una vez más, Nico me demostró su concepto del orden y de la hospitalidad. También me hallé el café servido, un plato de tostadas, la tarrina de la mantequilla y una pequeña bandeja con queso. Nico alzó la cabeza al verme y señaló el desayuno.

- Era lo que tenías en la nevera, y no sabía qué preferirías tomar.

- Me parece bien.

Le sujeté del brazo cuando pasó por mi lado. Sabía que Jesús no saldría de la cocina hasta encontrar, además de sus dulces, el vaso de Nocilla y, eso precisamente, lo tenía muy bien escondido después de su última visita.

- ¿Por qué le dijiste que eras mi alumno? - lo pregunté en voz baja y, a pesar de ello, percibí su sobresalto.

- Para sacarte de un aprieto. ¿Qué ibas a decirle sino?

- Lo que había dicho ya. La próxima vez que crea que debes sacarme las castañas de fuego, te lo diré. ¿Está claro?

Escuché un triunfal "Ajá!", y le solté. Mi hijo no tardó en aparecer con el vaso medio vacío de crema de chocolate en la mano.

- ¿Por qué lo escondiste?- me recriminó indignado.

Lo cierto es que de buena gana, lo hubiese tirado a la basura. Me vuelve loco ver el afán descontrolado con el que se la como sin necesidad de pan, a cucharadas. Por una vez, preferí no entrar en una de nuestras eternas discusiones gastronómicas con él. Nico se dirigió a la salida, herido por mi anterior reprimenda. Le prendí del brazo, le obligué a regresar a la mesa y sentarse a mi lado, y le coloqué una tostada junto a su taza. Al hacerlo, noté la intensidad de su mirada y correspondí a ella.

Jesús se acodó en la mesa y nos observaba mientras chupaba la cuchara rebosante de chocolate. Su maquiavélico cerebro estaba en funcionamiento, según pude a apreciar por su sonrisa.

- ¿Qué estudias, tío?

Me lo esperaba. Pero no Nico, que me miró aturdido sin saber qué contestar. Le correspondí divertido. Era evidente que necesitaba mi ayuda para salir de ese embrollo, por lo cual decidí sacarle de él del mejor modo

posible. Es decir, dando a mi hijo un poco de su propia medicina.

- ¿Piensas hablar sobre estudios, Jesús? ¿Acaso han mejorado tus notas?

Me hubiera asesinado con la mirada de haberle sido posible. Acababa de darle un golpe bajo delante de un extraño. Aquello no me lo perdonaría fácilmente. El teléfono comenzó a sonar en el estudio. Antes de cerrar las puertas a mi espalda, le pedí a Nico que no marchase, convencido de que, enfadado a causa de mis anteriores palabras, aprovecharía mi ausencia para desaparecer.

No conseguía concentrarme en la conversación telefónica. A través de las puertas me llegaban las voces de Nico y Jesús y, aunque no entendía lo que hablaban, sí percibía cierta dosis de veneno en mi hijo, y rabia mal contenida en Nico. Algo en su tono me indicó que la paciencia del chico había llegado a su límite. Me despedí rápidamente de Miguel y salí por la puerta que conducía directamente al recibidor. Nico abría la puerta de la calle en ese mismo instante.

Le llamé, y él giró despacio. Descubrí una intensa ira agitándose en sus ojos y crispando sus facciones... Me bastó ver el pálido semblante de Jesús para saber que algo había sucedido entre ambos. Nico esperaba lo que yo tuviera que decirle, con un pie en la calle y otro dentro del piso. Le pedí que regresara más tarde. Se limitó a mirarme un breve instante antes de interponer la madera entre nosotros con un seco golpe.

Todos mis intentos de sonsacar a mi hijo para que me explicara lo ocurrido, resultaron inútiles. Al final, tan sólo conseguí que también Jesús marchase ofendido y con la promesa de no volver a verme hasta que las ranas se hicieran trenzas.

Pasé el resto de la mañana en sumido en un estado de confusión absoluta, más preocupado por Nico, que por mi propio hijo. Bien sabía que sus promesas tenían la misma consistencia que un plato de natillas. Alrededor de las seis de la tarde, llamaron a la puerta. Me hallé a Nico plantado ante mí, con un pitillo en los labios y una vaga sombra de pesar en el rostro. Ya no había rabia, ni nada semejante en sus ojos, solo inquietud y tristeza. Le invité a pasar con un gesto. Curiosamente, Nico vacilaba a cada paso. Se volvió hacia mí, sin atreverse a entrar en el comedor o en el estudio, como hizo en anteriores ocasiones.

- ¿Qué te pasa? - le interpelé con cierta brusquedad, con objeto de arrancarle de aquel inusual temor.

Titubeó una vez más. Advertí que el cigarrillo que fumaba era demasiado diferente a los comúnmente comercializados, pero no realicé ningún comentario al respecto, aunque el chico se percató de ello. Retiró el pitillo de los labios y lo miró un segundo, tras lo cual alzó sus ojos

verdes hacia mí.

- ¿Te molesta?- preguntó inseguro. Le empujé con suavidad hasta el comedor y le insté a sentarse a mi lado en el tresillo. Me inquietaban su temor y sus dudas, cuando esa misma mañana sólo existía furia en él.

- He estado en casa... - dijo sin rodeos, las mejillas arreboladas y un tono tan apagado que me llenó de inquietud.

Tardé bastante en comprender el motivo de su sonrojo; de hecho, no lo entendí hasta algo más tarde.

- ¿Cómo sigue tu madre?

- Como siempre... - apagó el cigarrillo y me miró una vez más, desde el borde del sillón. - Me contó lo que pasó cuando fuiste... Lo siento. Debí imaginar que Nieves no lo aceptaría. Ella no cree que sólo seamos amigos.

No existía ningún motivo por el que debiera ocultar lo ocurrido aquella nefasta tarde, así que me encogí de hombros para restarle importancia.

- Se ha mentalizado ya de que vivo con César y no quiere que lo deje... Además, creo que lo conoce.

- ¿Por qué lo dices?

- No lo sé... Pero de algún modo tiene que conocerlo. Me amenazó con decirle que estoy contigo, si no dejo de verte.

Maldije a Nieves con todas mis fuerzas, por haberse atrevido a plantearle semejante ultimátum. Me incliné hacia delante para poder ver mejor su semblante. Continuaba sombrío. Intuía, por otro lado, la existencia de algo más detrás de aquella gravedad suya.

- ¿Qué piensas hacer?

Antes de continuar adelante, necesitaba profundizar más en lo que acababa de explicarme. Nico cogió el cigarrillo que poco antes aplastara en el cenicero de cerámica y lo alisó con cuidado. Me miró en busca de aprobación, pero no realicé el menor gesto en el que pudiera apoyarse. Me acomodé, reclinado en el tresillo y crucé los brazos. Le vi encender otra vez el cigarrillo y aspirar profundamente. Retuvo el humo y lo expulsó después poco a poco.

- Julián, ¿puedo preguntarte algo?

- Por supuesto.

- Pero respóndeme con toda franqueza.

Asentí intrigado. Nico tenía la virtud de desconcertarme con sus preguntas y esa vez, no sería distinto.

Lo meditó despacio mientras daba pequeñas caladas al pitillo. Finalmente volvió a apagarlo y se giró para mirarme.

- ¿Hay... algo en mí..., la manera en que visto, la forma de moverme, o de hablar..., que diga a la gente que soy maricón?

Dí tal respingo que me senté en el borde del sillón y poco faltó para que me cayera de él. ¿A qué se debía, entonces, tanta inseguridad a aquellas alturas? Me hice la misma pregunta cientos de veces en los pocos segundos mientras lo examinaba de nuevo de pies a cabeza. Vestía sus prendas tejanas con total naturalidad, calzaba botas vaqueras de piel repujada y puntera fina; llevaba el cabello muy corto por detrás, y un mechón castaño le caía sobre la frente. Su actitud era la de cualquier muchacho de su edad..., su voz, grave aunque armoniosa, en modo alguno afectada por una falsa femineidad, ni tampoco su tono, usualmente suave en el que solía hablar, invitaba a imaginar una sexualidad alternativa.

- ¿De dónde has sacado esas ideas?- le reprendí con súbita severidad.

- Esta mañana..., mientras hablabas por teléfono...

- ¿Jesús dijo algo?

Calló durante largo rato. Alargó el brazo para recuperar el cigarrillo, pero lo desechó en el acto. La colilla estaba tan destrozada, que ya no servía para nada.

- Me preguntó si estaba liado contigo.

- Jesús tiene unas ideas peculiarmente retorcidas. No le hagas caso.

- No, no es eso. Llevo tanto tiempo en lo que hago, que no me preocupa. Es... Sacudió la cabeza para alejar algún molesto pensamiento; se reclinó en el sofá y cerró los ojos.

- Nico, ¿qué es lo que sucede?

- No lo sé... Últimamente pienso en cosas extrañas. Tengo tanto tiempo para mí, que me pongo a pensar, y entonces...

- ¿Y por qué no lo dejas de una vez, Nico? - lo dije con sincero afecto y, sin darme cuenta.

Sus ojos verdes se clavaron en los míos, y casi pude sentir cómo me perforaban el alma en busca de algo que ni siquiera podía imaginarme en esos momentos. Ahora lo sé. No buscaba otra cosa que un asomo de burla, o de alguna otra cosa contra la que poder defenderse, pero le desarmé, le dejé desvalido frente a sus propios miedos y a un mundo que no proporciona facilidades a nadie. Él bajó la cabeza y yo me sentí invadido por un inquietante malestar.

- No puedo hacerlo, Julián... Necesito seguir con César..., pero no creo que por eso, deba dejar de hablar contigo.

- Escucha, tengo un amigo que posee un cargo elevado en una fábrica. Hablaré con él para ver si hay algo para ti.

- No servirá de nada, Julián... ¿No lo comprendes? Necesito dinero...

Le prendí por los hombros, quizás con excesiva fuerza, pues le vi componer un sobresaltado gesto de dolor, y le zarandeé con brusquedad.

- ¡Déjate de bobadas! ¡Tú mismo te niegas la posibilidad de salir de esta basura! Quizás ganes menos dinero, pero dime, ¿no es mejor que lo que ahora haces? ¿No prefieres trabajar como cualquiera, a continuar vendiéndote a hombres que, como César, ni siquiera te atraen físicamente?

Nico no se movió. Le puse el índice bajo la barbilla y le hice levantar la cabeza. Sus ojos estaban tristes, no obstante, sus labios sonreían, y musitaron un inaudible "no puedo" que me conmovió.

- Hablaré con ese amigo, Nico. Le pediré que te dé un empleo. Pagaré si es preciso. Y dejarás a César y a todos los demás.

- Julián, escúchame...

- Escúchame tú- le interrumpí tajante sin soltarle.- Vas a trabajar. Y si lo deseas, estudiarás también. Pero por ti mismo. Eres muy capaz, y yo sé que puedes conseguirlo. - A César no le hará ninguna gracia.

- Escúchate. ¿Alguna vez te has parado a escucharte a ti mismo desde que te fuiste a vivir con él? - noté su desconcierto y asentí con mayor firmeza. - No te has detenido nunca a pensar lo que dices, ¿verdad? -

negó despacio, cada vez más confundido. - Nombras a César para todo. Él se ha hecho dueño de ti. Has dejado de pensar, y sólo lo haces si César te lo permite. No sales de casa si no tienes su permiso, no estudias si a César no le conviene, no trabajas porque a César no le gustaría, no ves a tus viejos amigos porque César no quiere... Nico, tú no eras así cuando te conocí. Y eso es lo que te está ocurriendo. ¿Que piensas mucho? No lo haces ni la mitad de lo que debieras. ¿Crees que así solucionas algo? Me dijiste una vez, que solamente tenías de vida como "amante ideal" hasta los veinticinco, ¿no es cierto? ¿Y después qué?

Nico me miraba sin intentar interrumpirme. Yo sentía cómo absorbía mis palabras, le veía estremecerse cada vez que elevaba un poco el tono de voz. Pero no estaba seguro de que, lo que le estaba diciendo, sirviera de algo.

- Dime, Nico. Cuando tengas veinticinco, o treinta años, ¿qué harás? Ahora, si mal no recuerdo tus palabras, eres "material de primera". ¿Qué serás entonces?

- Me haces daño, Julián...

- Quiero hacerte daño.- le zarandeé de nuevo.- ¡Quiero que pienses en ti mismo por una sola vez, coño!

Le solté y comencé a caminar de un lado para otro. Era la primera vez que yo perdía los estribos de semejante modo. No recuerdo por cuánto tiempo estuvimos en silencio, ni tampoco durante cuánto me paseé igual que un animal enjaulado. Sé que, de repente, me encontré a Nico plantado frente a mí con su sonrisa dulce y sus inocentes ojos verdes fijos en los míos. Se mordía el labio, y posó la mano en mi brazo. Su calidez me sublevó. No era justo que su juventud se desperdiciase de aquel modo.

- Tienes razón, Julián... ¿Podrás ayudarme...?

Deseé abrazarle, pero no lo hice. Tan sólo asentí una sola vez, mientras le contemplaba lleno de orgullosa felicidad a causa de su decisión.

Desconocíamos que ya era demasiado tarde. Éramos ajenos a que el reloj se había puesto en marcha tiempo atrás, y sus agujas no conocen el significado de la palabra compasión, ni tampoco sabe lo que es el perdón. Ellas continuaban su inexorable marcha indiferentes a todo lo demás, mientras nosotros vivíamos felices en nuestra ignorancia.

8

Las cosas no sucedieron con la celeridad que yo esperaba. Fernando, el amigo de quien le hablé, se hallaba de viaje y nadie sabía cuándo regresaría, con lo cual, el tema del trabajo tuvo que ser aplazado hasta su vuelta. Entre tanto, comenté el caso entre algunos conocidos en posición de ayudarme. Promesas, fue todo lo que obtuve por el momento. Estábamos a la espera de recibir alguna noticia al respecto, cuando Nico me comunicó otra que no esperaba: la mujer de César se marchaba a Torremolinos a pasar el resto del verano con sus hijos. Eso significaba que el industrial quedaba solo y, por consiguiente, libre, en Barcelona.

Nico se presentó en casa tan pronto como César le dejó solo. Estaba abatido. Se derrumbó en el tresillo como si todo hubiese dejado de importarle, y me lo explicó mientras fumaba un cigarrillo que extrajo de mi paquete de Marlboro y mantenía su mirada fija en el techo.

- Ahora pasará más tiempo en el piso, y como ya te puedes imaginar, querrá que esté con él... Me ha prometido que no será lo mismo que cuando estuvimos en Orly.

- ¿Por cuánto tiempo?

- Hasta que su mujer decida regresar. Y como han discutido, no creo que se presente por sorpresa, como la otra vez.

Le observé sin ocultar el interés que sus palabras, pronunciadas con notable desgana, acababan de despertar en mí. Advirtió que le miraba y me correspondió. Jamás vi reflejarse tanto desencanto en un rostro.

Una vocecilla me dijo que dentro de aquella joven cabeza cobriza, se agitaba algo que le tenía preocupado, y tuve el presentimiento de saber de qué se trataba.

- ¿No le has dicho nada todavía?

Nico dio una profunda calada al cigarrillo y movió la cabeza despacio.

- ¿Por qué?

- Estaba tan entusiasmado con la marcha de su mujer, que quiso celebrarlo.

- Me parece muy bien, pero... - hizo un amago de risa. Sólo fue eso: un simple amago que murió incluso antes de iniciarse. - César no es de los que conversan mientras jode... Me desconcertó aquel modo de

expresarse. Nico se percató de ello y esbozó una leve sonrisa mientras contemplaba cómo ascendía el humo de su cigarrillo, y formaba extravagantes figuras antes de desvanecerse lentamente en el aire. - Comienzo a estar harto, Julián... Cada vez que César me toca, debo hacer un gran esfuerzo para no rechazarlo. No puedes imaginarte lo que siento cuando...

Posé la mano sobre la suya, abandonada sobre su rodilla y se interrumpió. Me dolió la mirada de agradecimiento con la que me envolvió. Durante unos instantes, no supe qué decirle.

- No seré capaz de soportar lo mismo día tras día por mucho tiempo más...- musitó desalentado.

Me invadió la certeza de que no exageraba, así como la impresión de que se hallaba al límite de su resistencia. Me senté de manera que pudiera verle de frente, y presioné ligeramente su hombro, dolido por el desánimo que se había adueñado de él.

- Nico, debes dejarle. Te estás haciendo daño.

- No sé cómo decírselo...

Clavó sus ojos en los míos. Se encogió de hombros, aplastó la colilla en el cenicero y dejó que los brazos cayeran muertos sobre sus rodillas; su espalda dibujó una pesada curva, como si soportase un enorme peso que amenazaba con hundirle.

- Díselo, Nico, y acaba de una vez con esto.

Asintió despacio sin alzar la cabeza. Me inquietaba su estado. Se me ocurrió una posibilidad, sin importarme que fuese en contra de mis principios. De todos modos, aquel muchacho estaba logrando que dejase de lado muchas cosas que siempre había considerado importantes, pero que, desde hacía un tiempo, estaban perdiendo sus viejos valores.

- Nico, trasládate aquí.

Levantó la cabeza y, tanto fue el asombro que se pintó en su semblante, que no pude por menos que sonreír.

- Creo que te irá bien una temporada de descanso. Podrás pensar con mayor tranquilidad. Guardó silencio. No esperaba otra cosa de Nico. Él no era un muchacho que exteriorizase sus emociones con demasiados aspavientos. Estaba acostumbrado a guardárselo todo para sí y, aunque conmigo fuese distinto, había ocasiones en las que todavía le

resultaba difícil mostrar sus verdaderos sentimientos.

Se quedó a pasar la noche en mi piso.

A la mañana siguiente, cuando me desperté, había marchado. Yo tuve que marchar a realizar unas tareas, y a mi regreso lo encontré sentado en la escalera, con dos grandes macutos de acampada a sus pies. Nico se levantó al verme y aguardó junto a la barandilla, la diestra sobre el pasamanos, vacilante. Advertí de inmediato su labio inferior hinchado. Todavía se veían restos de sangre. Tomé aire profundamente, transformada mi inicial alegría en una rabia desenfrenada. Abrí la puerta y cogí una de las bolsas. Nico me siguió con la otra y cerró a su espalda.

Serví sendos vasos de bourbon y me senté junto a él. Nico permaneció largo rato en silencio, perdido en la contemplación del líquido cobrizo. Cuando por fin, percibí cierto alivio en su voz.

- Ya está hecho. He dejado a César.

Me dirigió una inquisitiva mirada al no recibir ningún comentario por mi parte.

Sonreí ligeramente al advertir su modo de hacerlo: la cabeza baja, el rostro ladeado un poco, sólo lo suficiente para poder mirarme. Aquel gesto solía proporcionarle un casual encanto del que todavía no parecía ser consciente, por lo que deduje que, a pesar de su "profesionalidad", aún desconocía todo su auténtico potencial. Si entonces, como cierto día me dijo él mismo, era "mercancía de primera", si no se hubiera preocupado tanto por los demás, y lo hubiese hecho un poco más por sí mismo, podría haberse convertido en "delicia exclusiva para paladares exquisitos".

Bebió un sorbo de bourbon y se inclinó hacia delante, apoyados los brazos sobre las rodillas, en una imagen de completa derrota que me hizo fruncir el ceño.

- Ponte derecho.- le ordené con severidad.

Me obedeció aturdido. Inmediatamente alzó el vaso para beber, pero lo bajó de nuevo sin haberlo aproximado siquiera a los labios. Acaricié su mejilla, rocé apenas el labio hinchado, y suspiré con gran pesar.

- Has hecho lo que debías. ¿Vas a derrumbarte por ello? Ese tipo es un cerdo. No lo merece.

Tenía sus ojos, sus hermosos ojos verdes, fijos en mí. Veía su enorme confusión reflejada en su pálido semblante y, poco a poco, empezó a esbozarse una de sus dulces y encantadoras sonrisas.

- Tienes razón, Julián. Como siempre.

- Me alegro de que sepas reconocerlo.

Nos sonreímos mutuamente y Nico se reclinó en el tresillo. Sentado en el filo del sofá, yo le observaba en silencio. Nico estaba más relajado mientras jugaba con el vaso, volcándolo hasta que el líquido llegaba hasta el borde, para alzarlo lentamente al mismo tiempo que hacía girar el cristal entre sus dedos con un suave giro de muñeca.

- ¿Qué más te hizo? – pregunté sin poder callar por más tiempo.

Alzó poco a poco su mirada hacia mí y la retiró de nuevo.

- Sólo ha sido un puñetazo. No tiene mayor importancia. También yo hubiese hecho lo mismo en su lugar...

- Eso no lo disculpa, Nico.

- Tal vez no... Pero intento entenderlo. No ha habido nada más, excepto gritos, insultos y reproches. Todo ha sido como debía... No esperaba otra cosa.

- Odio ver cómo lo aceptas todo.

Descubrí la sonrisa que se perfiló en sus labios como respuesta a mi ira contra su resignación y mascullé algunas maldiciones de tono elevado. Sólo entonces me sentí algo mejor.

- Muy bien. ¿Qué planes tienes ahora, Nico?

Borró la sonrisa, pero no tardó en resurgir. Sin embargo, la apagaba cierta tristeza que me alarmó y me dio a conocer la respuesta aun antes de que sus labios llegaran siquiera a esbozarla.

- Volveré por el Maroto y los otros bares...

- Pero yo pensaba que... - me interrumpí sin saber qué decir exactamente.

Nico compuso una fugaz mueca difícil de descifrar y tomó un trago.

- Nico, creí que ibas a dejarlo. Pensé que te vendrías una temporada, mientras esperabas la respuesta de esos trabajos de los que hablamos.

- Son ilusiones, Julián.- me respondió con absoluta calma. Esa calma de quien ha aceptado los hechos con conformidad.- Hermosos sueños que están fuera de mi alcance. - Espera, espera... creí que ibas a luchar.

- ¿Luchar? - la mirada que me dirigió me hizo sentir como un chiquillo ignorante recibiendo su primera gran lección de la vida.- Julián, esto no es una guerra, ni yo soy un soldado... Esa es la verdad. Me metí yo solo en un montón de mierda y ahora, ni aunque me desinfecte un millar de veces, haré desaparecer su pestilencia. ¿Y sabes por qué? Porque ya forma parte de mí...

- Nico, no...

Me acalló con un simple gesto de su mano, un gesto que carecía de autoridad..., pero con poder más que suficiente para hacerme enmudecer.

- Por favor, Julián, intenta comprender... Durante años ésta ha sido mi vida..., y estoy tan impregnado de ella, que ya no sé vivir de otro modo.

- ¡Puedes intentarlo!- exclamé fuera de mí, terriblemente dolido por su resignación.

- ¡Lo he hecho y he fracasado!

No había alzado la voz, pero fue un grito que me traspasó el alma. Estuve tentado de cruzarle la cara, de partirle la boca para que no continuase diciendo aquellas locuras que debían de causarle mucho más daño del que me producían a mí y era capaz de reconocer. Necesitaba serenarme si deseaba hacerle comprender las cosas. Él ni siquiera se había alterado. Eso me confirmó en la fatal certeza de que había tomado una determinación irrevocable.

- No estoy de acuerdo contigo. - hablé con la mayor firmeza de que fui capaz. A cambio obtuve una tierna mirada de sincero afecto que me hizo estremecer. - No, no lo estoy. Tienes muchos años por delante todavía. Posees buena mano para el dibujo, eres inteligente, y puedes llegar hasta donde te propongas. Además, eres un buen chico y...

- Puedo encontrar a una buena chica de la que enamorarme y casarme. ¿Era eso lo que ibas a decir?

Estaba perdiendo terreno. Nico se me adelantaba. Me veía venir incluso antes de que yo mismo supiera que iba a dejar la línea de salida. Movió la cabeza muy despacio, con su afectuosa sonrisa de niño en los

labios.

- No existirá nunca esa... "buena chica"...

- ¿Por qué?- exclamé sorprendido por su extraña predicción.

Se irguió, depositó el vaso sobre la mesa, bajó la cabeza aunque, no obstante, mantuvo la espalda erguida, y volvió a negar con la misma lentitud de antes.

- Sencillamente, Julián..., no voy a buscarla.

Solté un impaciente bufido y me incorporé.

- ¡Por Dios, Nico! ¡No me digas que no te gustan las chicas...! ¡Te considero un chico sano! ¡Un chico "normal"!

Esperé su respuesta. Bien sabe Dios que la esperé con la mayor ansiedad del mundo. Casi me parecía que mi vida dependía de ella. ¿Esperaba un "sí" o, tal vez, un "no"...? Lo cierto es que no lo sé. Sólo puedo decir que esperaba algo muy distinto a lo que me llegó de aquel muchacho que tenía ante mí.

- No te lo cuestiones, Julián.- musitó despacio.

Le contemplé boquiabierto. Nico sostuvo mi mirada sin reto ni autosuficiencia, sino con una indescriptible tristeza que me arrancó un alarido de impotente rabia.

Se me aproximó y me cogió las manos. El corazón comenzó a latirme enloquecido, y regresaron mis antiguos temores con una violencia aturdidora.

- Las cosas son así de simples, Julián... Lo comprendes, ¿verdad?

Su franqueza me desarmó una vez más. Lo comprendía, sí, bien a mi pesar. Sólo tenía trece años cuando comenzó aquella forma de vida, si es que a eso podía llamársele vida; y ya tenía veinte. El tiempo transcurre muy rápidamente, casi sin que nos demos cuenta de ello, sin embargo, deja profundas huellas a su paso.

Acababa de pedirme que no me lo cuestionase..., y de pronto comprendí algo más. Sólo entonces comprendí conmocionado, el alcance de sus palabras. No, no debía cuestionármelo..., por la sencilla razón de que él ya lo había hecho. Alcé la diestra, acaricié su rostro y la dejé descansar sobre su hombro, embargado por cientos de contradictorias sensaciones que hoy sólo puedo reducir a una sola palabra: cariño. Le quise entonces más de lo que podré querer jamás a alguien de mi propia

sangre.

Nico había comentado que no se trataba de una guerra, ni él era un soldado. ¡Qué equivocado había estado mi pobre muchacho! Había luchado, había combatido en una guerra desigual contra el mundo y la vida misma. Luchó, pero tan solo era un niño. Y en en una edad en la que cualquier adolescente se encontraba ante su propia sexualidad, él se había visto repentinamente frente a terribles dudas acerca de su identidad, dudas que no consiguió aclarar nunca. Podía verlo en sus ojos. Así como podía leer en ellos que, esas dudas, solían tener la mala costumbre de torturarle continuamente desde el lugar al que las hubiera relegado.

- Por favor, Nico, quédate conmigo un tiempo. Olvídate por unos días de regresar a lo que hacías. Recapacita un poco, ordena tus pensamientos. Eres joven. Todavía estás a tiempo de dar un nuevo rumbo a tu vida.

Sacudió la cabeza y cerró los ojos con fuerza cuando le agarré del brazo y le impedí apartarse de mi lado.

- Nico.

- No puedo, Julián... No podría soportar quedarme aquí encerrado un día tras otro, esperando algo que nunca llegará.

Tiré de él. Le obligué a dar la vuelta, tomé su rostro entre mis manos y le forcé a mirarme. Tenía que conseguir que reaccionase. Ahora que le conocía, que le apreciaba más que a mí mismo, no podía permanecer con los brazos cruzados y ver cómo se hundía más y más en aquella basura sin ocasión, ni esperanzas de salir jamás de ella.

- Nico, no es lo mismo que cuando vivías con César. ¿Es que no sabes ver la diferencia? Vi como bajaba la cabeza. Vi cómo se agolpaba la sangre en su rostro y aparecía un brillo húmedo en sus ojos. Le vi respirar con fuerza y, al cabo de una eternidad, le vi esbozar una cálida sonrisa que provocó un agradable cosquilleo en mi nuca.

Había conseguido convencerle. Ese será el principal éxito, el más importante que recordaré toda mi vida. "Sólo unos días", me dijo. Y estuve de acuerdo, con la esperanza de que, en esos días, lograse hacerle cambiar de opinión.

Estaba lejos de imaginar que, precisamente en esos días, se desencadenaría la tragedia que el tiempo había incubado con tanta paciencia.

9

Durante los primeros días, Nico entró y salió continuamente de casa. En momento alguno le hice la menor pregunta acerca de sus idas y venidas. Sabía que el chico intentaba medir su nueva libertad. Necesitaba encontrar por sí mismo las diferencias existentes entre su anterior vida con el industrial, y la que llevaba conmigo. Él no me explicaba nada, y yo me limitaba a dejarle hacer y a proporcionarle el dinero que necesitaba, aunque nunca me pidió ni un céntimo.

Aquella situación duró casi una semana.

El lunes por la tarde, después de comer, me encerré en el estudio para trabajar en mi nuevo libro. Estuve trabajando durante toda la tarde. Nico había llegado alrededor de las ocho de la mañana y continuaba durmiendo en el comedor.

Aproximadamente a las siete de la tarde, se levantó. Le oí dirigirse al baño y, poco después, golpeó la puerta con los nudillos antes de abrirla. Apareció bajo el marco llevando únicamente una toalla alrededor de sus caderas. Por primera vez pude apreciar la belleza de su esbelto cuerpo. Los músculos se marcaban suavemente bajo su piel lampiña, la cintura estrecha se deslizaba con suavidad hasta las caderas perfectamente proporcionadas; sus piernas eran largas, fuertes... Me recordó, sin proponérmelo, al David de Miguel Ángel. Nico bien podría haber figurado entre sus principales modelos. Por primera vez en mucho tiempo, pensé en la cantidad hombres que habrían tenido a aquel muchacho entre sus brazos; en las manos que habían moldeado el cuerpo de un niño hasta conseguir al hombre que en esos momentos tenía delante de mí. Tuve que sacudir la cabeza para alejar tales pensamientos de mi mente, y me quité las gafas para mirarle al mismo tiempo que le recibía con una amistosa sonrisa.

Nico no se había movido de la puerta, e intuí que deseaba hablar sobre algo muy importante para él.

- Buenas tardes.- le saludé con amistosa ironía.

Nico avanzó despacio, cogió la silla situada delante del ordenador, se sentó frente a mí, y se acodó sobre la mesa.

- Has estado en la playa.

Asintió. Aunque hubiese intentado ocultarlo, el ligero tono canela de su piel le delataba. Apoyó la barbilla en sus brazos cruzados y dejó escapar un quedo suspiro. Por mi parte, dejé las gafas a un lado y le

observé intrigado.

- ¿Algo va mal?

Negó y alzó la mirada sin levantar la cabeza.

- Julián, ¿nunca te has preguntado a dónde voy cuando salgo de aquí?

Me sorprendió un tanto su pregunta. Podía haberle mentido, pero preferí serle sincero.

- Varias veces, pero considero que no es asunto mío. No soy quién para controlarte. Cogió uno de los lápices esparcidos sobre la mesa y comenzó a darle vueltas entre los dedos.

- No he buscado ningún cliente. - nos miramos. Asentí. Creía en su palabra. - He estado en los bares.- continuó hablando en el mismo tono pausado.- He visto a antiguos compañeros y he charlado con ellos... También fui al cine un par de veces. Y estuve en la playa. De hecho, he pasado allí la mayor parte del tiempo... pensando... - se interrumpió y soltó el lápiz, sólo para volverlo a coger inmediatamente y garabatear en un folio en blanco. - Eres todo un amigo, Julián.

Sonreí agradecido por sus palabras, pero continué callado. Nico se irguió. Poco a poco fue apareciendo en el papel lo que no tardaría en ser un paisaje marino. Admiré una vez más su extraordinaria habilidad para el dibujo, y me prometí ayudarle a seguir desarrollándola con miras a un próximo futuro.

- Julián, he pensado... ¿Crees de verdad que puedo conseguir algo si dejo de "ejercer"?

- Estoy convencido. - no le engañaba. Por Dios bendito, juro que no intentaba infundirle falsas esperanzas. Creía en él como no lo he hecho nunca en nada ni en nadie.

Nico examinó brevemente su dibujo y se dispuso a convertirlo en una bola de papel, sin embargo, le sujeté la mano y lo aparté de su alcance. Se trataba de una paradisíaca playa, en la que parecía que las olas del mar comenzarían a agitarse de un momento a otro. No había dibujado ningún sol, pero podía apreciarse toda su luz, su calidez y la frescura de una suave brisa.

- ¿Me permites que me lo quede?

- Sólo es un dibujo, y mal hecho.

- Bueno, entonces, supongo que no importará si, en lugar de tirarlo a la basura, me lo quedo.

Sonrió de aquel modo tan maravilloso y, casi sin transición, escuché una risa queda y fresca que halló reflejo en sus ojos e iluminó su semblante.

- Voy a intentarlo, Julián.- me prometió sin que la luz desapareciera de su rostro.- Pero no puedo hacerlo de un día para el otro. Tú sabes que necesito ese dinero.

Me hizo feliz su pequeña promesa, aunque me dio miedo lo que acababa de decirme. Si no tenía cuidado, podía caer en una oscura trampa sin apenas darse cuenta de ello. Mis temores debieron delatarse a sí mismos en mi semblante, pues Nico esbozó una tranquilizadora sonrisa mientras continuaba jugueteando con el lápiz.

- Conozco los riesgos, Julián... Te prometo tener cuidado. Quiero conseguirlo. Aprobé su decisión con un simple movimiento de cabeza y Nico recobró el entusiasmo que una vez debió formar parte de él.

- En cuanto me adapte al trabajo, dejaré de... de hacer "chapas"... Sé que tardaré un poco en habituarme a depender de un sueldo, pero voy a intentarlo con todas mis fuerzas. Tú me ayudarás, ¿verdad...?

- Por supuesto.

- Lo lograré.

- Confío en ello.- asentí convencido.

Su sonrisa era cada vez más amplia, más segura, a medida que el convencimiento se instalaba en su interior y hallaba acomodo.

- ¿Puedo pedirte una cosa, Julián...?

- Dime. – le invité a hacerlo.

- Me... - se humedeció los labios, vacilante, mientras, yo aguardaba paciente.- Esta noche me gustaría pasar por el Maroto.

- ¿Y quién te lo impide?- bromeé.

Él agitó la cabeza con energía.

- No. Lo que intentaba era... invitarte. Me gustaría celebrar contigo... mi

futuro.

La idea me pareció magnífica y, si a él le hacía ilusión, no sería yo quién se la echase por tierra.

- ¿A qué hora?

- ¿A las nueve?

Consulté el reloj. Eran las ocho menos cuarto, y a la media tenía una cita con mi ex- mujer para discutir ciertos asuntos sobre Jesús.

- No puede ser. - le expliqué el motivo, y él lo aceptó con un leve encogimiento de hombros y una expresión desencantada en su rostro. - ¿Por qué no te adelantas y me reúno contigo algo más tarde? Supongo que a las once, a las doce como mucho, podré estar allí.

Todo quedó resuelto. Nico dijo algo acerca de vestirse y cenar un poco. En su entusiasmo recién estrenado, Nico olvidó un pequeño detalle... Con la precipitación, la toalla se enganchó en uno de los bordes de la silla. Me incorporé de un salto con un grito de advertencia que no llegó a salir de mis labios. Nunca vi a Nico ponerse tan colorado como aquella tarde, cuando la toalla se soltó y él quedó ante mí completamente desnudo y enormemente confuso. Tan aturdido estaba, que ni siquiera atinaba a ponerse de nuevo la toalla.

Me senté e intenté, sin demasiado éxito, lo confieso, ocultar la sonrisa de diversión que terminaría por escapar convertida en una alegre e incontenible carcajada. Nico, tan acostumbrado a mostrarse ante los hombres de aquel modo, parecía un inocente muchachito, más que un disputado profesional. Al ver mi reacción quedó todavía más desconcertado, aunque pronto se tranquilizó y unió su risa joven a la mía. Señalé la puerta sin poder dejar de reír y le mandé marchar con un rápido gesto mientras luchaba por controlar mi hilaridad.

En aquel momento desaparecieron para siempre los malentendidos entre nosotros. Todo había sido aclarado tiempo atrás y, ese inesperado incidente, finalmente
disipó las últimas dudas y derribó cuantas barreras pudieran existir todavía entre él y yo. Para ambos debía de ser tan solo un suceso divertido con el que poder reírnos en el futuro...

Sólo que ya no existiría ese futuro. Aquella noche se derribaron barreras invisibles, sí, pero no fue más que para descubrir que se abría un insondable abismo bajo sus pies, y que yo nada podría hacer para impedir su caída.

Aquella noche reímos con alegría, pero nuestras pronto exigirían un precio demasiado elevado.

10

Era cerca de la media noche cuando cerré a mi tras de mí la puerta de cristal opaco del Maroto. No estaba muy concurrido esa noche, por lo que no me fue difícil descubrir a Nico sentado en la barra del bar. Saludé al dueño del bar, y al hacerlo, advertí ironía y diversión en su mirada, en su modo de sonreírme, y adiviné que había sacado sus propias conclusiones. Eso, si no se dedicó a interrogar a Nico, de lo cual estoy totalmente convencido que hizo, aunque tengo la misma certeza de que el chico supo evadir sus preguntas con no escasa habilidad. Prometía ser una reunión amistosa. Nico volvía a mostrarse como el chico alegre que todos conocían, si bien en ningún momento intentó separarse de mi lado para buscar clientes, ni aceptó tampoco la invitación de un atractivo ejecutivo de mediana edad. La rechazó con una sonrisa, unas corteses palabras y una naturalidad que me encantó. Y, mientras él hablaba, yo le observaba sin ocultar la satisfacción que sentía. Maroto, como bien supuse, confundió nuestro intercambio de sonrisas con algo inexistente.

Era más de medianoche cuando un hombre de apagado atractivo, me dirigió una fugaz e intensa mirada, y posó una mano en el hombro del chico. La expresión de su semblante era grave, tenía el rostro demacrado, con profundas ojeras. Me inquietó la intensa preocupación que percibí en el fondo de su mirada. Nico mostró alegría al reconocerle, y así como su gran confusión cuando el hombre no correspondió en la misma medida a su entusiasmo.

- Tengo que hablar contigo, Nico. Es muy importante.

Nico se disculpó y se alejó con él hacia un rincón. Desde donde yo me hallaba podía verles. Advertí cómo se ensombrecía poco a poco el semblante de Nico a medida que el hombre hablaba. Nico alzó la cabeza un breve instante antes de volverla a agachar. Rechazó la mano que intentó posarse en su hombro con un rudo manotazo. Le oí gritar algo así como que le dejase en paz, antes de apartarle con un violento empujón y echar a correr hacia la puerta.

Pagué con quinientas pesetas y salí rápidamente detrás de Nico. Conseguí darle alcance justo a tiempo. Se disponía a cruzar con el semáforo peatonal en rojo, y un auto se acercaba a más de setenta. Le agarré del brazo y le retiré de un brusco tirón. El coche pasó a pocos centímetros de él haciendo sonar el claxon. Nico se liberó. Mi inquietud se vio incrementada ante aquel inexplicable comportamiento y sus gritos inarticulados entremezclados ahogados sollozos. Intenté sujetarle,

retenerle, pero fue imposible. Me empujó con energía y se alejó corriendo. Le perdí de vista al doblar una esquina y me maldije por mi lentitud.

Sólo podía hacer una cosa para averiguar lo que había motivado semejante reacción. Regresé al bar con intención de hablar personalmente con el tipo que había causado aquella reacción en Nico. Resultó una terrible pérdida de tiempo. Había desaparecido sin decir palabra, como si nunca hubiese existido.

Desgraciadamente..., existió.

Esperé a Nico durante el resto de la noche, devorado por la preocupación y la incertidumbre. No sabía dónde localizarle; desconocía los lugares que frecuentaba antaño, sus amistades..., y tenía miedo de que, en el estado en el que se encontraba, le hubiese sucedido algo irreparable.

Cerca de las nueve de la mañana, los nervios comenzaron a dominarme por completo, y empecé a telefonear a los hospitales para preguntar si habían ingresado a algún muchacho de las características de Nico. En todas partes me respondieron lo mismo: no habían ingresado ni atendido a ningún chico así. Lejos de tranquilizarme, aquello contribuyó a incrementar mi angustia. Creo que dejé mi número en todos los hospitales existentes en Barcelona.

Llovió intensamente durante todo el día, lo cual no favoreció a apaciguar mi ánimo. No me atreví a marchar de casa por temor a que sonase el teléfono para comunicarme alguna noticia sobre el chico.

Faltaban tan solo unos minutos para la medianoche, cuando el timbre de la puerta cobró vida. Me precipité fuera del sillón en el que pasé apoltronado toda la tarde, y corrí a abrir con el corazón en un puño. Encontré a Nico con las ropas completamente empapadas, el cabello aplastado y chorreante, los ojos enrojecidos y el aspecto más desvalido que jamás he llegado a contemplar. Mi alarma creció al advertir la vaguedad de su mirada y percibir el aura de derrota que le envolvía.

Le hice pasar inmediatamente y le llevé a mi dormitorio. El muchacho estaba temblando. Le mandé que se desvistiera. De hecho, tuve que repetírselo varias veces porque él no parecía capaz de comprender nada de cuando le decía. Separé un pijama y cogí una toalla para que se secase. Nico se había dejado caer en la cama y, de pronto, se cubrió el rostro con ambas manos y se echó a llorar igual que un niño. Me agaché frente a él, desconcertado, le tomé las manos e hice que me

mirase. Las lágrimas se deslizaban por su rostro mezcladas con el agua de lluvia que goteaba de su pelo.

- Por Dios, Nico, ¿qué te sucede?

Intentó hablar pero el llanto se lo impedía. Temí que su estado empeorase con una pulmonía por culpa de su ropa mojada, y comencé a desvestirle. Nico era como un pelele. No ofrecía la menor ayuda, se dejaba hacer sin que remitieran los entrecortados sollozos. Le sequé, le desnudé por completo y volví a vestirle con el pijama...

El llanto cesó, pero Nico continuó con la cabeza hundida entre los hombros. Le llamé sin resultado. Le obligué a alzar la cabeza una vez más, pero rehuyó encontrarse con mi mirada. Si en otras circunstancias me hubiese preocupado, aquella vez lo hice todavía más.

- Nico, ¿qué ocurre? Dios, muchacho, ¿dónde has estado todo este tiempo? He estado buscándote en todos los hospitales.

Las lágrimas seguían deslizándose en silencio por sus mejillas. Se agitó entre mis manos, pero no habló. Exhaló un tembloroso suspiro y tragó con notable dificultad.

- Por lo que más quieras, Nico - zarandeé en busca de alguna reacción por su parte. Me sentía inexplicablemente más asustado a cada segundo que transcurría.- ¡¡Nico!! - le grité.

Y Nico me miró. En su mirada había un dolor tan grande que me hirió igual que si acabasen de clavarme un afilado cuchillo. Quiso hablar. Lo intentó... y fracasó. Se apartó de mi lado y buscó la fría e impersonal seguridad de la pared más distante. Tuve la poderosa impresión de que deseaba fundirse con ella y desaparecer. Al no conseguirlo, se abrazó a sí mismo con fuerza.

Me aproximé. Su mirada suplicante me obligó a detenerme con la angustiosa sensación de que, fuera lo que fuese que le estaba ocurriendo, era mucho más grave de lo que había imaginado.

No sabía hasta qué punto...

- Nico.

Se mordió el labio inferior. Sentí el irreprimible impulso de impedir que continuase haciéndolo. Para mi mayor sorpresa, Nico apartó la cabeza para rehuir mi mano, y cerró fuertemente los ojos. Unas gotitas de sangre tiñeron de rojo su labio. Apoyé la diestra en su hombro. Su mirada me traspasó. Intentó rechazar de nuevo aquel contacto con un angustiado gemido. En sus ojos vi miedo, dolor y tormento tan intensos que era

insoportable… Le retuve con firmeza y noté el salvaje estremecimiento que le sacudió de pies a cabeza.

- ¿Qué sucede?

Le hablé con la mayor suavidad que me fue posible, considerando que los nervios me estaban destrozando por dentro. Le agarré la barbilla para evitar que continuase rehuyéndome. Tal vez le hiciera daño, pero, lo verdaderamente importante en esos instantes, era lograr que me enfrentase.

- Nico, ¿qué tienes? ¿Acaso ya no confías en mí por alguna razón?

Sus lágrimas..., aquellas lágrimas que ahora tengo clavadas en el alma..., continuaban cayendo sin llanto.

- Voy a morir, Julián...

Su voz sonó tan débil..., que creí haber escuchado mal. Iba a protestar airado por el mal gusto de su comentario, pero me bastó mirar a sus ojos para comprender, abrumado, que no mentía.

- Eso es un disparate.- repliqué ronco y de forma abrupta.

Intentó escapar de nuevo, pero no podía permitírselo.

- ¿De dónde has sacado esa estúpida idea? Nico ni tan solo se debatió.

- Ayer..., Rafael...

- ¿Rafael es el tipo con quien hablaste?

Asintió despacio, con los ojos cerrados y el semblante crispado por el sufrimiento.

- Hace un tiempo..., fuimos amantes... Le han diagnosticado...- se interrumpió para adquirir valor y se hundió los labios resecos.- Tiene el SIDA.

Apreté las mandíbulas, furioso contra aquel individuo que había osado meterle semejante y devastadora idea en la cabeza, y también contra Nico, por ser tan estúpido al creerle sin tener pruebas.

Me estremecí sin poder evitarlo. Nico volvió a alzar sus ojos.

- Quiso advertirme...- añadió en un susurro.

Tuve que pensar rápidamente. No quería, no podía, aceptar que aquella enfermedad maldita hubiese alcanzado a Nico. Era demasiado joven... ¡Tenía una vida por delante! Recordé de pronto algunos artículos que había leído. No forzosamente tenía que estar contagiado por ella.

- Eso está por verse todavía.

Estaba plenamente convencido de poseer la razón, la auténtica verdad. Nico vertió sobre mí un jarro de agua helada al hablar de nuevo.

- Me hice los análisis... esta mañana.

Me sorprendió la noticia. Le observé totalmente desconcertado, sin saber qué decir. Creo que tartamudeé mientras luchaba por asimilarlo.

- Nico, ¿no has pensado que podría estar equivocado?

- Julián, es una posibilidad...- musitó sin energías.

Sus ojos no tenían ya esa luz que tanto me gustaba ver en ellos, y presioné su hombro con suavidad. Se mordió de nuevo el labio. Esta vez sí que le obligué a que dejase de hacerlo. Consideré que ya era suficiente con la incertidumbre que estaba padeciendo. No necesitaba infligirse todavía más daño.

- ¿Cuándo sabrás los resultados?

- Me llamarán... Di tu teléfono.

Suspiré. Era todo cuanto podía hacer. Sus verdes ojos me observaban afligidos, sin que yo supiera qué responderle. No sentía nada. Era como si, de pronto, hubiese caído una nevada en mi interior, y me hubiera privado de toda sensibilidad. Sólo fui capaz de aumentar ligeramente la presión de su mano y decirle un vacío "todo se arreglará", que a mí mismo me sonó a falsedad. Preparé una infusión de tila para el chico y le hice acostarse en mi dormitorio. Él necesitaba descansar, mientras que yo me sentía incapaz de dormir después de recibir aquella noticia.

Nico no se levantaría hasta pasado mediodía. No hice preguntas. Su aspecto ojeroso hablaba por sí solo de toda una larga noche de insomnio o bien de terribles pesadillas. Apenas si probó el ligero almuerzo. Lo removió durante casi una hora sin llevarse a la boca más de dos o tres cucharadas que devolvió al plato sin que se advirtiera que habían sido tocadas. Su desánimo era tan evidente que me llenaba de congoja. No

soportaba verle tan cabizbajo y apesadumbrado. En ocasiones me miraba, pero enseguida volvía la cabeza hacia otro lado y se hundía de nuevo en su propio tormento. No hablaba. No se movía... Bien podía pasar por un objeto más de decoración del piso.

Me retiré al estudio con intención de reanudar mi trabajo, puesto que no podía hacer nada útil por él. Me resultó imposible concentrarme en la tarea. Mis pensamientos volaban una y otra vez junto al muchacho. No sabía cómo ayudarle. Si yo mismo me sentía terriblemente confundido, ¿cómo debería de sentirse él?

Finalmente decidí regresar a su lado. Tal vez no le fuese de mucha ayuda, pero quizás necesitaba compañía. Nico la aceptó como solía aceptarlo todo, con una pequeña sonrisa en la que se reflejó una infinita tristeza.

Durante los siguientes días no se produjeron cambios, excepto que, mientras transcurrían, mientras esperábamos los resultados de los análisis, veía a Nico sumergirse cada vez más en una profunda depresión y cómo la luz de su ojos se convertía en parte de los recuerdos...

La llamada de la Residencia de Bellvitge sólo proporcionó nuevos motivos de preocupación. No respondieron a ninguna pregunta. La enfermera con quien hablé
no sabía nada, sólo que Nico debía acudir a la mañana siguiente para repetir las pruebas.

El chico, que se había negado a coger el teléfono, permaneció frente a mí mordiéndose el labio de forma inconsciente, con las manos temblorosas, atento a cada una de mis palabras, a cada gesto de mi rostro...

Le transmití las palabras de la enfermera y su semblante adquirió una palidez cadavérica.

- No te preocupes más. Sólo se trata de una comprobación de rutina.

No respondió. Dio media vuelta y abandonó el estudio.

No conseguí arrancarle ni una sola palabra durante el resto del día. Se pasó la mayor parte del tiempo acurrucado en un rincón del sofá, abrazado a sus rodillas, con la mirada perdida. A la mañana siguiente, Nico marchó solo, y a su regreso no dio explicación ninguna por su excesiva tardanza. Esa segunda espera resultó aún peor. Por las noches le oía agitarse en la soledad de su lecho, le oía llorar..., y yo maldecía

para mis adentros. Nico rehusaba todo contacto conmigo. Se negaba a hablarme. Prefería estar a solas. Y yo nada podía hacer.

Sin embargo, no tuvimos que aguardar demasiado. Una mañana recibimos la esperada llamada de la Residencia: ya tenían los resultados.

11

Hacía calor. Ni siguiera la suave brisa nocturna que entraba por las puertas del balcón abiertas de par en par, disipaba el incómodo bochorno del mes de agosto. Nico estaba asomado al balcón. Tenía los nudillos blancos debido a la fuerza con la que se aferraba a la baranda de hierro, como si tuviera miedo de caer...

Pero no se trataba de eso. Acaricié su espalda y tiré de él despacio. Llevaba horas sin moverse de allí.

– Vamos, Nico.

– Se acabó, Julián...

Aquella debía de ser la centésima vez que escuchaba las mismas palabras. Me negaba a aceptar esa sentencia.

– Hay adelantos, Nico. No debes desesperar...

Se giró. Una vez más vi la resignación pintada en su rostro. Echaba de menos su sonrisa, su risa alegre, el vivo brillo de sus ojos... Si la espera de los resultados había sido dura..., el conocimiento lo fue mucho más.

Las pruebas habían dado seropositivo. Nico tenía el SIDA.

– Sé que voy a morir, Julián...– musitó sin apartarse del balcón, sin dejar de mirar al exterior, aunque no prestaba atención ninguna a lo que allí ocurría.

– Todavía hay tiempo.

Se volvió ligeramente. No me creyó. Tampoco yo creía en mis palabras.

– Esta mañana..., cuando regresé de la Residencia, pasé por el Banco. He

arreglado todo para que a mi madre no le falte nada...

Me sorprendió su enorme capacidad de sacrificio. El chico continuaba pensando en el bienestar de su familia antes que en sí mismo incluso en esos momentos. No supe qué decir.

– He ahorrado lo suficiente para que mamá pueda vivir bien de los réditos que dé el dinero ingresado a plazo fijo. Lo que lamento..., es no haber podido comprarle un piso en una zona mejor.

Tiré de nuevo de él y conseguí apartarle del balcón. Al darse la vuelta quedó frente a mí y me miró.

– Julián, no le digas... No dejes que mamá sepa realmente lo que tengo...

Se le quebró la voz. Sentí un doloroso nudo en la garganta que me impidió hablar. Todo su cuerpo se estremeció violentamente y descubrí un acuoso destello en sus ojos.

– Cuando le digan que he muerto..., que nunca sepa la verdad...

Sus palabras me asustaron. Nico era valiente, de eso ni tuve dudas entonces, ni las tengo hoy, pero se trataba de preservar a su madre de algún padecimiento, entonces podía llegar a cometer cualquier locura. Le obligué a que me mirase, convencido de que ya maquinaba alguna cosa. No me eludió. Su respiración era agitada, se mordía el labio con nerviosismo, y sus ojos se estaban llenando de lágrimas que intentaba contener. No percibí derrota en su mirada, sino una aterradora tristeza... y la certeza de un irrevocable final. Acaricié su mejilla, sintiendo en el pecho una punzada de dolor. Las lágrimas se deslizaban por su piel.

– Tengo miedo, Julián... N– no quiero morir...

Nunca hubo tanto sufrimiento en su voz, ni fue ésta tan débil y frágil. Me dominó el impulso, la necesidad de abrazarle, de protegerle de algún modo..., de consolarle... No pude, no quise refrenarlo esta vez. Le atraje hacia mí con brusquedad y le envolví entre mis brazos con todas mis fuerzas. Nico se cobijó entre ellos con tanta desesperación, que me se sentí pequeño e insignificante. Los sollozos estremecían su cuerpo, sus lágrimas humedecieron mi camisa mientras su vida se apagaba un poco más a cada segundo... Y yo sólo podía maldecir su mala fortuna y llorar en silencio sin dejar de abrazarle tan fuertemente como me era posible...

No hablamos más de ello en los dos días siguientes.

Nico parecía más tranquilo, sin embargo, de vez en cuando descubría un delator brillo húmedo en sus ojos. Si se percataba de que le

estaba mirando, esbozaba una triste sonrisa y reanudaba su quehacer. En esos días se dedicó a ordenar mi amplia biblioteca y a dibujar, aunque sólo se trataba de un modo de pasar las horas mientras meditaba acerca de lo que iba a hacer.

La segunda noche, Nico decidió salir de su mutismo. Yo terminaba ya el segundo capítulo del libro, cuando se me aproximó por la espalda y apoyó la mano en mi hombro. – Julián..., voy a ver a César. Debo decírselo.

Abandoné la escritura y giré preocupado. La noticia no sería bien recibida por el industrial y, después el modo en el que había reaccionado cuando Nico le comunicó que le dejaba, temía lo peor.

– Espera, te acompañaré.

Me detuvo con firmeza y sonrió con esa ternura tan suya.

– Es algo que debo hacer solo, Julián... – me palmeó el hombro y negó despacio acallando la protesta que comencé a pronunciar. – Tal vez regrese tarde. No te preocupes. – Ten cuidado, Nico.

Asintió y se fue. Antes de marchar se volvió a mirarme y sonrió de nuevo.

El golpe que dio la puerta al cerrarse hizo que se me encogiera el corazón. Se enfrentaba con valor a su destino, pero como siempre solía hacerlo: él solo, y aceptando todas las consecuencias de sus actos.

Regresó con un labio partido.

Esa misma noche, yo intentaba dormir sin conseguirlo. Por más vueltas que daba en la cama, no lograba conciliar el sueño. Unos suaves golpes en la puerta resonaron como tambores en medio del silencio nocturno. Me senté intrigado y encendí la luz de la lamparilla de noche.

– Pasa.

Nico vacilaba bajo el marco. Únicamente llevaba puesto el slip. En su rostro apreció huellas evidentes de haber estado llorando. Fuera lo que fuese lo que le llevó a mi dormitorio, parecía habérsele olvidado. Me asaltó un súbito temor.

– ¿Te encuentras mal?

Movió la cabeza lentamente, y se pasó el dorso de la mano por los ojos para secar una lágrima.

– No puedo dormir...

Le sonreí tranquilizador, aparté la sábana que me cubría y le llamé con un gesto. Él titubeó lleno de comprensibles temores.

– Ven. Tampoco yo puedo dormir esta noche.

Me observó largamente, pero tomó la mano que le tendía mientras intentaba dibujar una sonrisa, se acostó a mi lado y le cubrí con la sábana. Sentí su piel cálida junto a la mía. Nico clavó sus ojos en los míos cuando le rodeé los hombros con el brazo, como tiempo atrás había hecho con mi hijo. Nico estaba tan asustado. Podía notar cada uno de los temblores que le estremecían de pies a cabeza. Aparté el pelo que le caía sobre la frente, sin poder separar mi mirada de su rostro.

– Julián...

– Descansa, Nico.– musité aproximándole más a mí.

Volvieron a llenarse sus ojos de lágrimas. Una de ellas se deslizó sin prisa por su piel. Nico se acurrucó entre mis brazos y ocultó el rostro en mi pecho igual que un chiquillo en busca de refugio.

Se durmió por fin, acunado por un llanto silencioso. Apagué la luz con cuidado de no despertarle y le mantuve junto a mí, dispuesto a velar su sueño durante el resto de la noche.

– Julián, me marcho. Lo he pensado bien.

Me lo dijo de pronto, sin rodeos, a la mañana siguiente, durante el desayuno. Inmediatamente, la primera sorpresa dejó paso a la preocupación. Cuando la enfermedad se declarase abiertamente, precisaría de ayuda médica, necesitaría el apoyo de la familia y de los amigos...

Nico continuó removiendo el café sin alzar la vista de la taza, aunque era consciente de que le observaba, y me vigilaba a su vez, atento a mi reacción.

– ¿Y a dónde vas a ir?

Guardó silencio.

Eso me hizo pensar que lo único que pretendía hacer era huir, ocultarse hasta que llegase el momento.

– Nico.– estaba dispuesto a mostrarme severo con él para que meditase mejor su propósito.– Mírame. – obedeció, aunque sólo a medias. Lo hizo sin alzar la cabeza. – Lo que pretendes es de cobardes.– le reprendí con premeditada dureza.

Cerró los ojos un breve instante; los volvió a abrir y los clavó en mí. Ya no existía brillo alguno en ellos, su verbosidad ya no era tan intensa. Fue entonces cuando la verdad me golpeó con una violencia casi salvaje. Me tensé, y le miré sin querer creer lo que una vocecilla me estaba diciendo a gritos.

– ¿No lo entiendes, Julián? – me dijo con un quebrado gemido.– No puedo...

Me incorporé, le prendí de los brazos y le levanté de la silla.

– ¡Pero no de ese modo, Nico! ¡Así no!

Le costó tragar saliva. De hecho, estaba desatando una dura batalla interna para no romper a llorar de nuevo.

– Tal vez sea un cobarde, Julián..., pero no quiero consumirme lentamente... No puedo... No he vivido como deseaba..., deja por lo menos que decida cómo quiero que termine mi vida... Toda la ira que sentía desapareció al escuchar esas palabras que hoy resuenan una y otras vez en mi mente.

Las lágrimas corrían, una vez más, libremente por sus mejillas.

– Mierda, Nico... – mascullé impotente.

Le abracé fuertemente. Era lo único que podía hacer.

Nico se marchó aquella misma tarde, llevándose consigo gran parte de sus pertenencias. No quiso despedirse, y en parte lo agradecí. Tampoco yo lo hubiese resistido. Aun así, le vi marchar a través de la puerta entreabierta del estudio. Nico miró atrás una sola vez, antes de abrir la puerta, y me regaló la última sonrisa que yo volvería a ver.

La puerta se cerró tras él con un seco chasquido... y no pude contener las lágrimas por más tiempo.

Nico ha muerto.

Ocurrió hace dos días. Un trágico accidente. El joven nos explicó cómo había sucedido.

Nico y él regresaban de Sitges por la carretera de Garraf. Eran entre las tres y las cuatro de la madrugada. A esa hora casi no hay tráfico, y el chico retó a Nico a una carrera para ver quién llegaba antes a Barcelona. Él dice que no comprende lo que ocurrió. De pronto Nico perdió el control de su moto, no pudo maniobrar a tiempo de tomar la curva y se precipitó contra los protectores. La moto y él rodaron por el precipicio, los vio rebotar contra las rocas y sumergirse en el mar.

Ha sido encontrada la moto, pero no su cuerpo.

Estoy convencido de que a Nico le gustaría que así continuase siendo.

De cualquier modo, yo no creo esa historia. Conozco a Nico. De alguna forma, siento que ha cumplido su último deseo. Intuyo..., mejor dicho, sé con toda certeza, que no ha sido algo premeditado; que no se le ocurrió hasta el último momento, mientras conducía a toda velocidad por aquella peligrosa carretera... Ha escogido la forma y el momento, como él quería...

Sólo espero que haya encontrado la paz que merecía.

Ahora, mientras escribo, no dejo de pensar en su madre. Tal vez vaya a verla. Por Nico. Creo que se lo debo. Es lo único que puedo hacer ya por él..., porque, ahora que no volveré a verle nunca más, es la única forma de serle de ayuda...

Porque una cosa sí es cierta, Nico...:

No puedo resignarme a tener que decirte adiós...

.Fin.

* * * *

Nota de la Autora

Espero que la historia haya sido de tu agrado y desearía aprovechar para explicar ese descuadre que puede haber producido, pues, a mí misma, su autora, me lo causa tras haber trabajado en su corrección para poder darla a conocer.

Escribí Recordando a Nico en Mayo de 1992, si bien casi treinta años después, decidí recuperarla de entre cientos de historias escritas desde mi infancia, revisarla y hacerla ver la luz. No es la primera con la que haré esto, ni tampoco será la última. Tras valorarla seriamente, opté por dejarla en su originalidad, para no alterar su tiempo, de modo que al encontrarnos en un nuevo siglo, y con muchos cambios desde aquella década, se produce lo que yo llamo una posible "descolocación". Una de ellas es debido a la moneda de uso que empleo en la historia: PESETAS. Era la moneda que teníamos en España, hasta el 1 de Enero de 2002, cuando fue sustituida por la moneda que actualmente se utiliza en la Unión Europea: el Euro. La otra, es por la enfermedad que conduce al final de Nico. Actualmente, puede verse como una enfermedad más a tratar, y en plena pandemia de Covid–19, incluso puede perder algo de importancia. En el año de la historia en el que se desarrolla Recordando a Nico, 1992, la enfermedad, sin embargo, no era algo que se pudiera ignorar.

El SIDA (Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida) o VIH (Virus de la Inmunodeficiencia Humana), presentó los primeros casos en 1981 en Estados Unidos, saltando abiertamente a la luz cuando el famoso actor Rock Hudson, uno de mis grandes ídolos la juventud, fue diagnosticado en Junio de 1984 que era seropositivo, cundiendo el pánico entre sus compañeros de rodaje. Poco se sabía por aquel entonces de esta enfermedad, y se creía que el contagio podía producirse son el simple contacto con una persona que la padeciera. En el mismo año, se haría público que Rock Hudson padecía de un inoperable cáncer de hígado, complicado por la presencia de la enfermedad.

Posteriormente, otro grandioso artista, Freddie Mercury, nos dejaba en 1991 debido a una bronconeumonía, complicada por el VIH. Ellos, fueron la imagen pública que pusieron en boca de todos una enfermedad hasta entonces oculta excepto para quienes la padecían, y que además, sufrían las consecuencias del miedo y el desconocimiento de la sociedad. Estas personas, eran marginadas, apartadas, se les rehuía.

El virus del SIDA ataca al sistema inmunológico, dejándole sin defensas ante todo tipo de enfermedades que, para otra persona, apenas

constituiría un contratiempo. En 1981, los científicos establecieron que el VIH, era un virus indestructible por el momento que se establecía de una persona a otra a través de la sangre o bien por contacto sexual. Y en los principios de la década de los 90, en España constituía la primera causa de muerte entre la población de entre 25 a 44 años, siendo responsable de casi 6.000 defunciones anuales, frente a las contabilizadas 633 que se produjeron en 2015.

Por aquellos años, contraer el Sida, suponía, prácticamente, una sentencia de muerte que, además, conllevaba el fatídico estigma social, tan letal o más que la propia enfermedad.

Actualmente, y según estudios recogidos por la asociación de la industria farmacéutica Phrma, un paciente que sea diagnosticado a la edad de 20 años por SIDA, tiene una esperanza de vida superior a los 70 años, muy similar a la de una persona que no se vea afectada por esa inmunodeficiencia, gracias a los grandes avances en farmacéutica.

Es mucho lo que se ha avanzado, mucho lo que se ha conseguido, aunque y es mucho lo que debe trabajarse para terminar con la exclusión social a la que hoy en día se ve sometida una persona con VIH. Por ello, si conocéis a alguien que la padezca, buscad información, brindadle vuestro apoyo, amadla porque es una persona luchadora, y ese calor que podéis proporcionarle, es su mayor garantía para continuar adelante.

Gracias por permitirme estas explicaciones y gracias por leer mi historia. Y sobre todo, gracias a los investigadores que han permitido que padecer Sida, ya no sea equivalente a una condena de muerte.

Eratia Copperfield